

MAURICIO  
WACQUEZ

# EX CE SO S



EDITORIAL UNIVERSITARIA



CORMORAN



*Colección*  
**LOS PRESENTES**

---

---

© Editorial Universitaria, S. A., 1971

Inscripción N° 39245

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Texto compuesto con matrices

*Press Roman*

Se terminó de imprimir esta 1ª edición en los talleres de  
*Editorial Universitaria,*

San Francisco 454, Santiago de Chile,  
en el mes de agosto de 1971

3.000 ejemplares.

Proyectó la edición *Mauricio Amster*

Cubierta de *Darío Mora*.

*Excesos*

es el N° 1 de la Colección

LOS PRESENTES

---

Impreso en Chile / Printed in Chile

# EXCESOS

*Mauricio Wacquez*



EDITORIAL UNIVERSITARIA

---

## I. EXCESOS

|                          |    |
|--------------------------|----|
| El coreano               | 11 |
| La Leontina              | 17 |
| Jamleto en Chena         | 19 |
| Ilsemedeayocasta         | 27 |
| La odiada gente          | 30 |
| El papá de la Bernardita | 34 |
| Excesos                  | 47 |

## II. TRANSPARENCIAS

|                       |    |
|-----------------------|----|
| El alba de ningún día | 51 |
| El atraso             | 62 |
| Después del almuerzo  | 66 |

## III. SECUENCIAS

|                      |     |
|----------------------|-----|
| La casa              | 79  |
| El Tata              | 85  |
| Los almuerzos        | 89  |
| Los años             | 92  |
| El Chenano. El museo | 93  |
| Beatriz              | 95  |
| El teatro de títeres | 97  |
| Los domingos I       | 104 |
| Los domingos II      | 108 |

*The road of excess leads to the palace of wisdom*

BLAKE

## EXCESOS

*para Gerard Augustin*

HAN PASADO diez años.

Levanto los ojos y la veo a usted tomada de la barra del trolley. Sí, es usted: el mismo peinado, la misma lejanía en la mirada azul, sus olvidados ojos de astígmata. Eso posee vida en usted. Sus ojos brillan como la única zona intacta del rostro. Sin pestañas, sin cejas, aún conservan la dolorida tenacidad de antaño. Esa mirada me subleva por dentro, me crispa, aparto la cara y miro por la ventanilla.

A través del cambiante paisaje de la calle, la continuo observando, una joven memoria recoge su rostro detallado: el asombro de los párpados tirantes, el hueco que baja desde la frente, de piel rosada y brillante, la boca como un crispado ano lleno de ironía. Donde un día la sorprendí maquillándose, sólo hay ahora una escalonada catarata de piel injertada: sus mejillas sin vello.

Quisiera que recordara una cosa: la ventana de mi pieza en la calle Beauchef. Ventana y casa sólo existen ahora como un sueño de nuestra memoria: he visto el hoyo que han dejado en su lugar: los futuros subterráneos de un edificio. El parque se veía desde la cama al fondo de la pieza. No me va a creer, me refiero a nuestra pieza, mía y de él, antes de que usted llegara, recuerdo, con esos atuendos de gringa pobre. Pienso en la visión que aparecía al abrir la ventana en el verano. El la abría al crepúsculo, sin encender las luces: los ciegos zancudos zumbaban en la oscuridad: no sospechaban el abrigo de la habitación. El parque, el parque sí, y más allá, entre los árboles, el lago que espejaba los últimos fulgores del cielo. No sabe lo hermosas que eran esas tardes. Claro, en ese tiempo usted aún no conocía a mi padre.

También quiero hablarle de Valdivia. Cuando él llegó

para buscarme. Ese día, yo había ido a Corral y volvía, casi de noche, en el último vapor. Imagine la esquiva luz del crepúsculo de verano, las enormes sombras sobre el río, las calles ágiles que subían hasta la casa. Piense en mi asombro, súbito pretexto para el llanto, al verlo sentado con su terno blanco. No quisiera caer en ociosas explicaciones. Su piel estaba bronceada y en sus besos sentí una sorprendida humedad. Esa noche, antes del viaje, lo vi desvestirse frente al espejo, ponerse su pijama de seda. A mi lado, junto a mi oreja, su suave ronquido despertó en mí otro recuerdo: la cara estompada de mi madre.

La maleta, camino a la estación, contenía a un lado, la ropa extranjera que él tenía, al otro, mi mezquino vestuario. Unas indecisas gotas de sudor vacilaban sobre su frente. Junto al andén me tomó la mano y me dejé llevar. Seguramente usted pensó alguna vez que para mí, Valdivia no tiene otro tiempo que el de ese día, ni otro rostro que ese que yo no me cansaba de mirar.

(Antes de que usted llegara: las olorosas plantas del corredor. Las azaleas, los rododendros, los juncos del jardín. Mis juguetes esparcidos por el patio).

El siempre trabajaba de noche, usted lo sabe. Debe conocer esos largos momentos frente al espejo en los que ni una arruga de la camisa, ni una desviación de la corbata de rosa, pasaban inadvertidas. ¿Recuerda el olor a lavanda? Salía por las rendijas de la puerta, invadía el pasillo, el comedor, sorprendía el suave perfume de los naranjos que maduraban en la sombra, al fondo del patio. A las nueve de la noche en punto, con las dos manos, levantaba el vestón, lo observaba meticulosamente antes de ajustárselo y volver a contemplarse en el espejo de luna. Sentado en la cama, con los pies que aún no tocaban el choapino del piso, yo, y no usted, admiraba esa brillante figura recargada de

12

joyas, esa cabeza infinitamente repetida por los espejos de la pieza. En ese tiempo él también tarareaba las melodías que por la noche tocaría la orquesta.

Un beso. Una recomendación. Antes de partir recorría detenidamente la casa apagando las luces. Como si no hubieran tenido otro destino que el honrar su belleza, una a una, salvo la pequeña lámpara del velador, se extinguían haciendo que los pasos fueran más sonoros, más reconocibles.

Recuerdo las noches de verano, durante las vacaciones. La ventana permanecía abierta. Cuando oía golpearse la reja de la calle, yo apagaba la última luz para que entrara la noche. Y la noche entraba llenándome la boca de estrellas.

Tranquilamente, un insomnio se imponía a la exigencia del sueño. Los ojos abiertos en la oscuridad. Los últimos campanazos de una iglesia temblaban en el aire tibio. Yo estoy ahí, en el lugar que luego usted ocupó, mientras leía y esperaba. Yo no; con la sábana tapándome la boca, jugaba a producir encuentros imposibles: mi madre y él, ella y yo, en ese mismo lecho.

La noche es lenta y sofocante. No hay posición cuando no se duerme: una y otra vez buscaba las zonas tersas y heladas de la cama. Pienso si usted ya nos miraba desde el futuro, si ya sus embrujados ojos lo habían visto, si ya me habían desplazado desde ese sitio donde comencé a morir.

Pero el alba, en el verano, no se hace esperar. Veo los árboles transparentes en la pantalla de la ventana. Siento el auto detenerse con repetidas aceleraciones del motor. Y la puerta que se abre y él que entra. Con los ojos cerrados sigo sus movimientos: cerrar la puerta, desvestirse, correr de agua en el cuarto de baño.

Usted conoce esos momentos.

El viene, se detiene un instante para mirarme, para mirarla, dormir. Como ayer, la misma cortina vuelve a traslucir los reflejos del amanecer. La ciudad suena allá afuera como

un trompo al que una cuerda cada vez más tensa —luces y colores encontrados— descubre y exalta, oscurece y limita. Me duermo a su lado, pegado a él como un gusano a la hoja, oyéndolo respirar y moverse. El mundo no era malo dentro de esas sábanas que olían a nosotros.

Pienso: “Tomaría la botella de encima del botiquín...” ¿Cómo lo hizo? Dígame. Tomó la botella del velador y simplemente... Usted no me mira. Por momentos su mano como una garra se crispa sobre la barra del trolley. Pero no sospecha que todo el pasado, su belleza mutilada y perdida, se hallan en juego en este instante. Las diversas coloraciones de su rostro —del bronce al rosa, del blanco amarillento de los párpados al quemado, casi negro, de la barbilla— bien valieron aquellos siete años. ¿No lo cree ahora?

Pienso: “Tomaría la botella de encima de la mesa...”

Las grúas sobre los edificios en construcción son arañas, animales increíbles, que juegan un lento ajedrez sobre la ciudad. Desde que he vuelto podría contarle mi matrimonio. En las noches de insomnio, pegado a mi mujer que duerme, vuelvo a pensar en usted, la imagino, la sueño. Reconozco que esa revisión no sucede sino en las imágenes del pasado, revueltas con rostros extraños, con lugares que falsean nuestra relación. El dormitorio, donde me llevaron con los otros, tenía una lámpara roja que vigilaba durante la noche. A través de los siete años soñé mirando esa ampollita de sangre y oyendo el viento que rondaba los muros del reformatorio. Mi sueño repetido al infinito: usted frente a mí, de espaldas a mí, cara a la batea.

De súbito, usted apareció entre nosotros. No nos dimos cuenta. Y con usted, los gritos de esos esquivos hermanos que yo cuidaba, paseaba, alimentaba.

La tarde y el perfume de los diego de la noche afirmados en las pilastras del corredor. La hora sofocante se aplacaba con chorros de agua sobre el patio. Desde mi pie-

za, en la oscuridad, oía batir los huevos en la cocina antes de la comida. Uno de esos atardeceres decidí matarla a usted.

Pero todo amor es imaginario. Por eso me repito que usted y yo tuvimos las mismas monedas en la mano, pagamos el mismo precio. ¿Recuerda? Yo me había negado a sacarlos al parque; usted debió soportar toda la mañana sus llantos y sus gritos. Durante el almuerzo, usted se fijó en esas tempranas espinillas que tenía sobre mi frente. Prometió una rápida curación.

Pienso: "Tomaría la botella, el algodón, la aguja de crochet, frotaría aplicadamente sobre la piel inflamada". Sentado sobre la tapa del silencioso, cierro los ojos, porque, me dice, eso sirve incluso para prevenir nuevos rebrotes. Entonces me embadurna los párpados, al principio el nitrato de plata forma una película húmeda sobre todo el rostro. Usted me sopla, sonrío, me revuelve el pelo.

(Recuerdo que ese día —¿es necesario decirlo?— llegaron los obreros municipales a destapar la fosa. Los chuicos enmaderados con el ácido quedaron alineados en el corredor hasta el otro día).

La quemazón apareció primero en los flancos de la nariz y en los párpados. Veo el parque y los árboles, árboles así, ramas así, y la avenida Beauchef que aún recuerdo como si la mirara. Una costra arrugada, en partes tirante, ese terciopelo opaco que hace resaltar mis dientes, mis ojos húmedos, mi pelo amarillo.

Durante el recreo, un semilleo de rostros se aglomeró en la puerta de la oficina.

— ¡Coreano! ¡Coreano!

Frente al retrato de Bernardo O'Higgins, la señorita me tomó la temperatura.

— ¿Está tu papá en la casa?

— Duerme todo el día.

— ¡Ah!, ¿sí?

— Trabaja en la noche, con una orquesta.

— Dile que pasaré a hablar con él antes de las siete.

El vidrio del retrato refleja, sí, el escozor, el fuego negro que se pega, la sangre seca y endurecida de la minuciosa costra que apenas respeta los ojos, la boca, de este antifaz.

Caído de boca, sobre la cama —luego de eludir todo encuentro al llegar— siento que la frescura de la almohada mitiga el ardor de la piel. Cierro los ojos, bordeo blandas zonas del jardín en las que el pasto húmedo, un nuevo presentimiento de esa ansiada frescura, las gotas estáticas y brillantes del rocío sobre las hojas, me bañan. Chorros de agua sobre el polvo fino que no pueden juntarse como si fueran aceite y vinagre.

Me atrevo a mirarla de frente, meticulosamente. Escudado tras los diez años que hicieron del niño que yo era un hombre inidentificable, puedo mirar esos sellos que un día le dejé como testimonio de que siempre podría reconocerla.

Un cielo de nubes se inclina sobre la ventanilla, se tiñe de limaduras de sol. La primavera que se mete así en los huesos como un cuerpo extraño. Fosforescencias de nácar, envolvente, que tapiza los cerros y desciende del cielo: la luz amortiguada de septiembre.

Y bien, estamos aquí, al fin, frente a frente. Deseaba este encuentro. No ha sido fácil. Usted sabe, primero los siete años de reformatorio, luego los tres pasados en esta ciudad donde la mitad de la gente busca a la otra mitad sin encontrarla.

Tirado sobre la cama, aún continuaba escuchando el grito de mis compañeros ¡Coreano! ¡Coreano! como si con él me hubieran puesto de golpe fuera de todos, me sintiera horriblemente extraño en el mundo de los hombres.

El aún dormía y usted no me había visto entrar. Durante los interrogatorios insistieron mucho en esos detalles. ¿Qué podía decirles? ¿Que la vi salir al patio, caminar colgando ropa sobre los alambres?, ¿que nunca me habría

imaginado que iba a levantarme, me iba a arrastrar al corredor y caminar hasta donde usted estaba?, ¿que la vi de espaldas, frente a la batea donde habían puesto el ácido, frente a la ventana que le reflejó a usted mi negro rostro de coreano y le hizo decir Dios antes de sentir el golpe y caer, la cara sumergida, confundida, revolcada en el ácido? ¿Les podía decir esto? No. Un obstinado silencio me acompañó desde entonces. Usted y yo nos separamos. Sin embargo, recuerde un detalle: al despertar bruscamente con sus gritos, él no pudo reconocer a los seres que lo habían amado.

*Saint Cloud, marzo 1968.*

---

## LA LEONTINA

*para Carmen Abalos*

— ¡VAYA A saer una, Virgen Santísima! ¿Pa qué me pregunta a mí? Lo vi leantarse temprano, peir el caallo y cortar p'al Sauce. Yo no lu haulo. ¿Después que le salió el machito y me ijo no sé cuántas porquerías? ¡Venga no más! Pero la señora lu atrincó, le ijo que no tenía por qué faltarme. Hasta que no me pía perdón me queo en las mías. Un amor debe tener, si crecen como la mala yerba. Una que le limpió la caca reciencito y ya lo ve jinete y enamora. ¿Pa ónde corta? ¡sepa Dios! Ejante la señora ice que los curas lo mandaron retobao y que queó pegao en la misma clase...

Y usted, ¿de qué se ríe?, ¿tengo monos en la cara? ¡Venaiga no más!, usted es el tapaera, si andan acolleraos a sol y a sombra ¿cómo no van a mandarlos de güelta pa la casa? La señora ice que son las malas juntas las que ponen flojo al niño. Lo más bien que cuando era chiquitito sabía portarse y cuidaba la ropa. Si hasta feo se está poniendo con esos pelos guachos en la cara...

Mi acuerdo qui una vez, ¡hace tiempo d'esto!, pilló al caballero con la cabeza caliente y de dos aguantás lo ejó coloriendo. Vino pa que yo lo efendiera pero n'hubo caso; me lo quitaban de las manos, pataliaba, hast'a mí me llegaron algunos trinchés.

Nu hay forma de aburrirse en esta casa. Entre las peleas d'ellos con el niño, una que tiene que estar en too y las empliás qui ahora no sirven pa ná. Ni porqui una las reta aprenden; se lo llevan pensando en el lacho, en la película, en ponerse esas mugres en la cara. Ya son tres las que la señora ha echao por hacerse muzarañas con el niño. ¡Chiquillo e moleera! Pero en justicia la culpa nu es d'el: la señora que lo malenseña; lo ejaba salir con los traajaos y aprendía cochínas. Ahora no sé qué cosas icen en el pueulo, ¡es tan haulaora la gente! Su mamá de usté, pué... ¡Virgen Santa!, no me vaya a castigar Dios.

Así son las cosas, Robertito. Una se mata traajando pa qu'el perla goce. Tamos en agosto y ya salió a vacaciones; él es el mejor puesto. Al principio lo ejaron encerrao en la galería. Se lo pasaba leyendo y aburrío. Pero a la semana lo pillé aguaitando la hora en qu'el caballero sale p'al campo pa correrse callaíto. ¡Ejante vieja qu'está una y tapándole las espaldas! ¡No igo yo!; tanto vigilarlo, que no s'estruya, pa qui un día se güele como si ná.

Mi señora es recontra güena y el patrón, un caballero muy caballero. Si casi lo crié a él, ¡no le miento! Van a ser treinta años qu'estoy en los Pintaos. Misiá Rosa, qu'en paz descanse, me trajo p'acá como patrona, dueñ'e casa que le icen.

Pero no se le dé ná, Robertito. Nu hay que creer lo que ice la gente. El niño es diaulo pero no malo. ¡Cómo va ser cierto, Diosito santo! Su mamá di usté, pué... ¡tá loca la gente! Yo sé qu'el niño hace diauluras, ¡me lo icen a mí que le miro la ropa!; pero diai a que sea cierto que lo ven salir de su casa di usté en la mañana, hay mucho trecho

pué. El lunes eché a la Magda, la laandera, por andar corriendo esos cuentos. Decía qu'el niño y la mamá di usté pues Robertito, se encontraban en los potreros del Sauce, que los habían visto cómo qu'esta boca es mía. ¡Hábrase visto! Se jue tranquiando, me ijo no le ayan a manchar a su niño me ijo. Son puros cuentos de la gente envidiosa, no saen qué ecir. Too porque su mamá es viuda, si se deería irse pa Santiago más mejor. Hasta ahora no venía más que pa las vacaciones y este año se queó pegá. ¡Juerza qui haule la gente!, no tienen más entretención qui haular.

¡No se ponga así, mire! Usté lo conoce más que naiden. Yo creo que toa la custión se va acaar cuando manden al niño a Viñ'el Mar. Mientras tanto ¡paciencia! Ahora me tengo qu'ir pa dentro qui hay mucho traajo. Pase tamién si quiere, espérelo sentaíto en el líng.

*París, marzo 1968*

---

## JAMLETO EN CHENA

*para Belkis y Heberio Padilla*

1

NIÑITO:

TOMO mi mano,

la tuya

que ha crecido

rugosa y estropeada

para revivir estos años sin tiempo.

2

ABRE EL chifonier, colocado a veces entre ambas ventanas, a veces al lado de la repisa que contiene el revólver, la libreta negra, el cortaplumas, el metro de acero enrollado en su cajita metálica. Sacude el frasco de lavanda sobre el pañuelo.

Recién afeitado, su rostro de ave palidece sobre los huesos enjutos, de poca piel, los ojos pivotean en párpados tirantes, la boca se rescata apenas en los labios finos y nerviosos. Y es ese gesto, antes de adueñarse nuevamente de los objetos de la repisa: perfumar su pañuelo, el que precede a los otros gestos, siempre metódicos, siempre fielmente ejecutados. Ese gesto. Su mano izquierda con el pañuelo recibe los dones de la derecha: manos huesudas, delgadas, no sarmentosas, sino finas, alargadas, cubiertas de pecas de cincuenta años. Decorosas. Hay que saber a ciencia cierta que ese gesto es conocido, explorado hasta el fastidio.

Aunque en el alba un gesto así no puede ser preciso; se pierde en el color acerado del cuarto, en la somnolencia baja de las nubes de invierno. La tibieza de la salamandra invade el vestíbulo y pasa a las habitaciones. Estar ahí, en la cama de ella, reemplazándola, sonriendo frente a la grisalla del alba, bajo los retratos, uno a cada lado, sobre la cama, es suficiente.

Don Francisco está triste. Miraba en ese tiempo derecho al pintor. Por eso, aunque uno se ponga en cualquier punto de la pieza, él nos sigue con los ojos, verdes, cansados. Desde todas partes, como Dios. Don Francisco es el comienzo del cuarto.

Dándome la espalda, veo que se ha puesto el pantalón gris de montar y sobre él las polainas. Las polainas estrangulan zapatones Laborde. Bajo ellas imagino sus medias de lana gruesa, que aprietan a su vez el pantalón y los cordones que se cruzan y se entrecruzan hasta la rodilla. La figura adquiere así la forma englobada de una veleta pues los flancos del pantalón, en los muslos, son tiesos y anchos, formando una C mayúscula, flancos que se encuentran por fin, arriba, en la hoquedad del vientre. Ahora que es invierno, una chaqueta de piel de ante limita con los muslos, salpicada de manchas de aceite. Puedo mirarlo

de espalda, pasándose el pañuelo por el rostro, oliéndolo, en el silencio atónito de la mañana que se divide apenas por el crujido del parquet bajo los zapatonos. El pañuelo, no su mano, desaparece en el bolsillo interior de la chaqueta. Cierra el chifonier. Recoge uno a uno los objetos —el metro de acero en el pantalón, el cortaplumas al lado izquierdo de la chaqueta, la libreta negra al derecho, y en el bolsillo de atrás, sobre la nalga, el revólver.

Silba por la ventana y una voz abajo, en el patio, dice ¡aja! dejando entrar una cuchillada de aire frío. ¿Hay palabras? Creo que no. Sí un piafar de caballos sobre los adoquines, abajo. Y una voz que grita ¡aja! Quisiera acompañarlo pero ni lo digo. Hay que cuidar la casa, vestir al niño. Sí, este beso, en la frente, esta caricia, llena un reducto de mi soledad que antes se llenaba con sonidos, con voces alegres, con ritos juveniles que cambiaron inesperadamente. Ahora don Francisco y doña Amelia son los únicos personajes que quedan. Yo me enrolló en la cama como un gato, busco la tibieza que sube de las sábanas y que la salamandra distribuye también desde el vestíbulo. Sin él, la pieza se reduce a paredes y ventanas de factura simple, a paredes empapeladas, a ventanas de ocho vidrios con españoleta de bronce. También a esta cama, a dos veladores, un chifonier, una repisa con cepillos y frascos, a una alfombra que debería ocultar el piso castaño pero que no lo oculta: que alcanza apenas a proteger el espacio que preside el sillón Morris. Aunque todo eso no interesa esta mañana, en este primer gesto, residuo de otros gestos que llegaron a ser éste.

¿Tengo que hacerlo? Sumergirme en esa cama, tibia aún a la altura de los pies y reconocer el olor mantenido entre los pliegues. Al lado de ella que todavía parece dormir como un gato. Porque si quiero vuelvo a poner la figura de espalda, reteniendo aquel gesto, instalándose

aquí para que el espacio se preserve, la vida dure. Sin él, en realidad, esta habitación pertenece a la noche eterna, la muerte la salpica de azufre. Me salpica. Este fantasma es una nítida invocación repentina, la materia de mi inocencia. Debo por lo tanto apagar la luz, las cortinas deben reproducir la noche, los párpados deben imitar una noche sin amanecer, mi enorme soledad debe resguardarse a puertas cerradas para allí crecer, condescendiente, entre la multitud de las frazadas. ¿Por quién me toma? Alargo un brazo pero encuentro el borde frío de la cama. Me complazco en saber que nuestra arena, el lugar de nuestros encuentros son vastos como la imaginación. Ya no está de espaldas. Ha caminado hasta la cama y se ha sentado.

¿Debo hacerlo de una vez? El desconcierto, ameliorado por el ritmo firme de la respiración, ¿no me hará decirme? Necesitaría más tiempo, mucho más tiempo, para que mi cuerpo ondulara sobre su eje y se desplazara hasta rozar su camisa de seda. Miro desde el horizonte de la sábana hacia la luz que irradia la salamandra: esas rosas de porcelana se proyectan en grandes aguas vivas contra el cielo raso.

¿Tengo que hacerlo, padre? ¿tengo que hacerlo? Me ahogo en ese gesto; debo irme para que, huyendo, se consuma el acto que reitera mi imaginación. El aliento, el perfil de la boca, el hastío de su boca regalona, me maravillan, el sabor de su saliva me dice que debo esperarlo; forcejeando en la oscuridad húmeda de su cuerpo debo derribar los muros que nos separan. La noche cayó, sí, ya sé que sólo falta mi contribución. Voy a crecer, padre, voy a esperarte para que penetremos en ese abismo de densidades ocultas, para que vadeemos ese río sin corriente que murmura palabras y más palabras. ¿No se va a decidir? Sentado, termina su cigarro y me mira. Lo adivino más allá de los párpados cerrados, lo adivino con el chaleco flojo, sin polainas, mirándome la cara y el cabello, mis

manos que todavía aprietan los chocolates, la camisa celeste. A cada chupada del cigarro, un quejido enciende una nueva claridad.

Debo hacerlo, padre. Aunque me sea duro abandonar la tibieza y el olor tuyo de la cama y desplazarme y rodar hacia ella. Tengo que rodar, aplastar con un suspiro esa boca abierta, hacer saltar la sangre de esa boca abierta. Huelo el aceite que estalla y me embarra los ojos, el sexo, las rodillas que tiemblan. Quiero respirar. Lo único que quiero es traspasar esa vibración de carne rosada, tibia y movediza como las rosas de la salamandra. No podemos esperar el verano. Su piel rosada bajo la seda me abrasa, me marea, desde lejos, por todas partes, dispersada sobre mí, tocándome aquí, donde la sábana me quema y hay un nombre grabado, el de su sangre, espesa, negra, que se arrastra bajo la seda transparente hasta sus pechos. Espero la señal: toda la habitación caldeada, los mil reflejos de la salamandra, ese rostro que dormita, su cuello blanco, su vientre que desaparece, que viene en la sangre destilada gota a gota, que busca su sangre y nunca se desprecia en otra sangre, quiere participar de esa delicia, de la fricción que un dulce licor disminuye. Para que él plante su gesto, que me llena de la vida que me dio un día y que yo ahora le devuelvo.

La atmósfera es la misma y el aire el mismo. La prolongación de la casa, una reducida conciencia de pasillos y patios, de paredes descascaradas donde se crían los grillos.

3

VES LA habitación, oscurecida para impedir el calor, con las persianas cerradas para que el último calor de marzo permita la siesta de tu madre. No se oye ningún ruido porque es la hora de la siesta. Y todos, los que odias, los que saquean y denigran, los que se instalan en tu reino, maldicen y usan los caballos y van al río, los que te

desalojaron de tu cuarto y de esa cama, obligándote a desertar, no aparecen por ninguna parte. Se han batido en retirada. Para que tú entres. Para que te metas furtivamente en la cocina y busques la escalera trasera, ésa que ellos no usan, la misma que te sirvió para escapar. La misma que empleas ahora para entrar victorioso.

Allá arriba, ella duerme la siesta. Al pasar por el patio de adoquines faltaba la montura de tu padre. El está ausente, busca otras conquistas, se abrasa bajo el sol de marzo, la cabeza cubierta por un cucalón: revisa sedientas batallas. Subes así a la habitación de la adúltera, en busca del polonio tras la cortina. Por las persianas se cuela el sol tamizado por el follaje de los árboles. Ahí hace fresco, todo está aislado del calor agresivo de la viña, de la viña pareja y ordenada, madurando melancólica a la luz del sol. Tu mano se apoya en la repisa. Busca la carta que te condena, busca todo lo que te condena, las pruebas, los pliegos con los sellos y cintas, entre los bibelot que ella colecciona. Hay que salvar la conjuración de los murmullos sorpresivos que crees oír a través de los muros. Sobre el dibujo de la alfombra, tus pies encuentran la sombra del chifonier, sin advertirlo pisas la sombra del chifonier. Te detienes junto al lecho. Y la ves dormir. Con la cara trastornada, los oídos llenos de delaciones, los ojos de obsidiana de imágenes tortuosas. Has llegado. Las rayas de las persianas se proyectan sobre el gran lecho y un polvo luminoso adormece el ambiente. No lo crees pero has llegado. Ahí estás, por fin. Una palabra, la primera reconvención. El comienzo de la palabra.

Notas que su sueño es inquieto. Seguramente los fantasmas, entre los cuales no eres más que un ausente, plagan esos sobresaltos. Entonces te das cuenta, en la imposible revelación de la felicidad lograda, que estás ahí, que has llegado, que los coches no estaban en el patio: sus huellas aún permanecían sobre los adoquines, traspasaban la

muralla de pinos recortados que encierra ese mundo de muerte. Tu caballo reventó a la entrada del parque. Alcanzó a depositarte sobre el maicillo y desde ahí emprendiste la carrera esperanzado en la lealtad de los tuyos, de los que todavía te son fieles. Pero te encontraste con la paz y el silencio de la casa muerta.

Ahora estás en el alma de la casa. Has vuelto al área que protege del destierro, a encontrar los mismos adobes, los adoquines gastados por los caballos; a buscar tu lecho, en la habitación del mirador que se orienta a las viñas, a buscar tus avíos de pesca y de caza. La miras dormir. Te extrañas de que aún pueda dormir. Porque ella está muerta. No está dormida. Está ciega. Sus ojos no ven. Miran la enorme cara de la muerte, se detienen para mirar de una vez la cara de la muerte. Más allá de las viñas, en el camino ripioso que soporta la verticalidad del sol, queda su recuerdo vagando como un velo al viento. Su recuerdo sin ojos, la matriz de su recuerdo ciego. Ya lo sabes: nunca más restallará el látigo sobre los perros, ni te dormirás a la orilla del río en las tardes de enero, nunca más saborearás la comida que nace de la tierra y que es tu mismo ser germinando. Estás ahí, al filo de los catorce años, prisionero del espacio de luz y sombra. El olor de los árboles entra por las persianas. La moldura de la chimenea, los arcos de piedra y barro, que conoces tanto y que recordaste tanto, detienen tu gesto, lo aplazan. Tu pelo, lacio y amarillo, se inclina pesado sobre tu frente. Quisieras encontrar las palabras. Pero por ahí nadie habla. Claro: este tiempo nuevo, la línea de tu cuerpo joven, la arteria de odio que envuelve tu cuerpo, necesita el oxígeno de las palabras, la salud del consuelo y la reivindicación. Necesitas un nuevo toque en el hombro, una nueva raíz que sujete tu sexo, tus labios, tus gestos imitados. Se seca el enorme cauce. Durante una buena parte de tu ausencia has soñado con

poseer siquiera una parte de lo que hoy posees. La oportunidad, la ocasión de verte a ti mismo rehabilitado en la venganza. No partirás de nuevo. Porque los lugares que se abandonan y nunca son recuperados se nutren de la misma sustancia de los sueños, de la misma sangre que vierten las entrañas cancerosas, los vasos dilatados, la vejez cerrada sobre tu vida. Escucharás esa melodía en el fondo de tu angustia. Oirás cerrarse las puertas; con el fresco de la tarde oirás las puertas que se cierran como campanas.

- ¡Madre...!
- Llegaste. Está bien.
- ¡Madre...!
- Tus hermanos partieron.
- Mis hermanos...
- Partieron. Venían a hablar contigo.
- ¿Cómo...?
- Vinieron a pedirle a tu padre que te internara. Dicen que quisiste hacerle a Leonor, a tu hermana.

¿Sobrevivirás? Te retuerces entre las sábanas. Imaginas tantas formas de piedad para ellos. Encerrado, recorres la habitación palmo a palmo, pensando la estrategia, controlando cada quimera de tu entusiasmo. Y a fuerza de vencer el cuerpo, recorrerás cada imagen: fuiste hidalgo, distribuiste favores, protegiste a Leonor de su impudicia. En cambio, la noche de verano y el río te fueron adversos. Las fuerzas que alentaban esa noche, recorriendo el río, distendió sus propios humores, los acostó sobre tu deseo. Hablarás de nuevo, probando tu fusil, en cuya mira pululan tantas imágenes. Pero tú, que recuperas lo que es tuyo, cambiando el destierro por el mundo de tu infancia, serás incapaz de controlar tu digestión, el ritmo de tu aliento, las pausas de tu corazón entre latido y latido. Se adelgazarán los momentos de visión impidiéndote advertir el peso del tiempo. Los dos momentos, el uno que sigue al otro, no

26

serán sino una nueva caída en tu propia muerte. No olerás: el carbón que caldea las habitaciones en el invierno te será indiferente. Todo se escurrirá: incluso el odio de tus hermanos se disipará en el frío de junio. Verás silenciarse las grandes palabras. Pedirás una, sólo una. Eso es todo.

Todo eso está en este momento bajo tu frente sin que lo sospeches. Nada ni nadie impedirá que lo lleves a cabo. Tu venganza no podrá recordarte los momentos del futuro. Tu sangre, la misma que terminará traicionándote, te golpea los oídos, te humedece la boca. Entonces escoges el arma.

*Vaucresson, septiembre 1969.*

---

## ILSEMEDEAYOCASTA

*para J. C.*

DE NUEVO íbamos al cine, tú y yo, a ese que me llevabas en la calle Bilbao los domingos después de almuerzo. Es paradójal la identidad en los sueños. En éste, tú no era tú, físicamente digo; aunque parece que este hecho —tú, convertida en gladiador o institutriz inglesa— no revestía para mí la menor inquietud: me colgaba de ti confiadamente, porque en el fondo sabía que, incluso si hubieras sido un dragón o una serpiente, la mano que apretaba mi mano te pertenecía.

Sería importante no relatar el argumento central de los sueños, en verdad prescindible, sino tal vez intentar conocer la secreta vida que empuja esos sueños a la conciencia. Pero nosotros, seres de la vigilia (digo esto como si dijera: peces de agua dulce o de profundidad) estamos limitados a conocer desgraciadamente aquello que menos importa: la corteza que rodea la blandura del fruto.

Ibamos, entonces, al cine, tú y yo. Esta palabra, cine, me parece aún rodeada del misterio con que la pensé en el sueño y que me obligó a preguntarte de dónde venía. No sé por qué dejaste de sonreír y tomaste ese aspecto de profeta de ojos ciegos, oráculo mil veces envejecido, que se inclina en mi oreja y me traspasa el secreto de la vida y de la muerte, murmurando, balbuciendo, gruñendo casi: *cine quiere decir movimiento continuo*.

Las palabras en los sueños son muchas veces pretextos para que se abran puertas, para pasar de un nivel a otro de realidad. Quizás para manifestar de esta manera nuestra incomodidad por la estrecha vigilia. Sea como sea, lo cierto es que no habías terminado de pronunciar esas palabras, esos campanazos, que ya la sobresaltada luz de la película recorría nuestros rostros. Debo confesar que es bastante cómodo relatar un sueño: los hechos que allí ocurren son los únicos de los cuales no debemos justificarnos; cuando los contamos, los demás casi nos ayudan a no avergonzarnos; en suma, los únicos que la moral de los hombres no puede controlar. Si Calvino o mi padre lo hubieran sabido, habrían rabiado como locos por no poder, también es eso, abochornar a sus semejantes. Y todo esto para decir que no puedo justificar el hecho de haber mirado tu rostro, esas aguas vivas que reflejaban la luz, en lugar de mirar la pantalla. Y que no pude mirarla hasta que en un brusco momento tú te levantaste y entraste en la escena, participaste del argumento. Recuerdo que era una película con tema oriental. De esta manera caminaste por una playa llena de árabes, de tiendas que terminaban en gallardetes a los cuales un furioso viento no permitía el reposo. Lo extraño es que en ese mágico cuadro sólo había hombres, se desarrollaba una fiesta viril, llena de cimitarras y caballos, de hermosos caballos blancos que esos hombres despedazaban a golpe de arma. Por eso era curioso verte caminando al encuen-

28

tro de la escena central: tú, como mujer, en un país oriental, participando de esa orgía de sangre. Sin embargo, tu elevada estatura, tu rostro de madera, oliváceo, casi barbado —tan distinto al que me muestras en la vigilia— reclamaba una igualdad a la ferocidad de aquellos hombres. De pronto —e ignoro si a causa de la sangre que de golpe nubló mi vista— la escena se tiñó de rojo. Tú participabas de la orgía, mano a mano, sin descanso; sin advertir que ese lugar no te pertenecía, cortabas, desgarrabas, abatías a golpe de cimitarra las cabezas de ensortijadas crines. Así pude conocer la eficiencia de tu trabajo: la carne aún palpitante y humosa la ordenabas en perfectas hileras sobre la arena.

Cuando no hubo más caballos, alguien ordenó desde foro: ¡Que vengan las mujeres! Entonces advertí que lo que veía era la fiesta anual celebrada en honor de la todopoderosa fuerza del hombre. Ahora desde foro avanzaba una fila de mujeres, las más hermosas, las que pensadas juntas hipostasían la hermosura, maniatadas, la cabeza gacha. Tu ayudante —entre mongol e indio, que te llamaba obsequiosamente por tu nombre— te alargó el puñal y una a una fueron cayendo despedazadas a tus pies. Pero ensayabas mil maneras para hacerlo. Por ejemplo, a veces las desollabas. Hacías un eficiente corte de clavícula a clavícula y tomando la piel que se abría con las dos manos, la desgarrabas hasta el vientre. Todo realizado con una maestría que tú en la vida diaria no posees. Pero las mujeres te dejaban hacer. Es más, mientras tú les desollabas, digamos, las piernas, ellas te miraban hacia abajo, sujetándose los jirones de piel con las manos, igual como las señoras miran a la costurera que les prueba un vestido. Cuando terminabas con una, la entregabas a los hombres que la ultimaban a puñalazos en el vientre. Fue en ese momento que tuve conciencia de que yo estaba ahí, achicado por el terror, en la penumbra de la sala. El tiempo transcurría en la pantallia. Yo vivía

lo eterno. Por esta razón no podía gritar ni impedir que esos hechos se produjeran. Estábamos tú y yo separados por el tiempo del cine, por el absurdo de una eternidad aún incomprendida, ya que cine —se me atropellan tus palabras— quiere decir movimiento continuo y es el movimiento el que nos muestra la realidad del tiempo.

*París, noviembre 1967*

---

## LA ODIADA GENTE

*para María del Pilar y José Donoso*

EL 13 DE octubre de 1951, Exequiel Yáñez entró en la celda de los condenados a muerte. Debía sufrir la capilla reglamentaria que no difiere de la vigilia de armas que los jóvenes hacían en la Edad Media para devenir caballeros. Debía permanecer solo para luego morir entre miradas compasivas u odios sordos. Quince años antes, Exequiel, que era poeta, había comenzado su carrera criminal arrojando a su prima Leonor en medio de unos tomates donde trató en vano de conocer el secreto de sus faldas almidonadas. Fue por lo tanto castigado, encerrado en una pieza vacía, en la parte vieja y desocupada de la casa. Ese día, por fortuna, no pensó en otra cosa que en vengarse: cuando saliera de allí se escaparía para comenzar la verdadera vida, abandonaría la casa, los lugares odiados, los rostros odiados, la oscura vigilancia a la que estaban expuestas sus emociones. Saldría de allí para vivir. Por eso no fue extraño que ese 13 de octubre, cuando oyó que la puerta se cerraba con un golpe suave, pensara lo siguiente:

“¿Por qué vuelve? La puerta se golpeó, alguien la cerró y cesó el ruido. Me siento preparado para la confesión. Pero no comprendo que la fuerza me haya abandonado y sólo deje a mi alrededor el ahogado silencio de estas pare-

30

des que lentamente, a medida que crece mi miedo, se convierten en meras paredes empapeladas con chenil de Prusia. Las paredes vuelven a tener dimensiones precisas que la fiebre no consigue cambiar, no las aleja, no difunde las flores del papel, en este momento tan nítidas, en el color lejano que tenían antes de que el golpe de la puerta se acallara y yo adivinara al otro lado esa presencia que iba a juzgarme. De manera que cualquier movimiento es exacto pues ya no tengo la ventaja de la fiebre, del sueño, y las cosas son cada vez más cosas y el sueño menos sueño y el aroma, un renovado y asfixiante perfume a flores de tomates que se cuela por las rendijas de la puerta. Esto es, el olor camina y se alarga, envuelve la manilla, redondo y preparado para entrar en este ambiente y chocar con los vapores que esta habitación encierra. Sin embargo, me doy cuenta que el mundo se alarga fuera de los muros de mi prisión y que ella, la voz que comenzará a juzgarme en un momento más, está sostenida por músculos, por nervios eficaces e hialinos, con los que esa voz resonará asombrosamente bien timbrada. Los instrumentos del terror siempre se construyen basados en el principio de la incertidumbre. Mis brazos permanecen estirados sobre la moldura inglesa que recorre el cuarto en trescientos sesenta grados, la espalda apoyada contra el ángulo de las dos paredes. Pienso: ya está aquí. Y sigo tratando de diferir los consuelos que mi memoria trata de imponerme, la resignación cristiana, que a la luz de la pequeña claridad de la puerta, me parecen menos decentes y buenos. Polvo negro y blanco como una metralla de ajedrez: en eso se convierte la única luz que llega aquí. No puedo más que pensar un esfuerzo que quiero hacer físico sin conseguirlo. Logro, sí, aumentar mi pesantez ya que es lo único que me impide salir lanzado fuera, en esta loca carrera de astros y luces silenciosas. Sobre la mancha de mi prisión, diluida prisión, se levanta el silencio reconocido como mi única palabra. Los barrotes a veces parecen

objetos factibles de limarse, y escapar por allí, me digo, sin poder mover un brazo de esta postura levitativa. Las flores de hace un rato se vuelven cal y carbonato porque han mostrado la verdadera razón que me hará morir; sin floripondios ni glicinas, sin molduras, encadenado a la pared que mi memoria caótica y deforme insiste en recordar. Por esto retrocedo a mi esquina, a mi dominio, y desde aquí voy pensando de a poco en la manera de salir, principio cristiano del conocimiento, de esta oscura encrucijada. Mientras estoy aquí, mientras aguardo que los pasos que anuncia la luz y el aroma a flores de tomate se hagan sensibles, voy recorriendo uno a uno los objetos y las posibilidades que me rodean. Por ejemplo, el vidrio que encontré al llegar y que por desesperación olvidé de apartar, se me incrusta en el pantalón y en la carne, no pudiendo discernir entre el vidrio y el piso de ladrillo y el parquet en forma de rosetones y las dos formas de tiempo y las cuatro posibilidades de morir, que nuevamente, en ese tibio y callado pinchazo del vidrio en la nalga, se me aparecen como la conclusión de los pensamientos ordenados. Desde aquí los corredores oscurecidos por las enredaderas, los bolillos, las mesas de jacarandá cierran el mundo fuera de la pieza fresca, fuera de esta prisión sombría y maloliente.

Con la mano derecha, que aún está sobre la moldura porque la otra se cayó abrumada por su propio peso, oprimó la rugosa superficie de madera, primer movimiento que me permito hacer, y caigo hasta el fondo de esa impotencia oscura y febril que jadea sin certeza, sin salida, sin lugares reconocidos. Mis ojos describen por fin la parábola que recorre la pieza, las filigranas del yeso, el tubo de gas, las manchas que la lluvia ha dejado en los querubines del techo. Y sin embargo, este es el sitio que jamás la lluvia templará por dentro. Los odiados sitios que abrigo en esta alma inmóvil, por encima de cualquier cambio, de cualquier

32

devenir sin ser, por encima de las palabras sin voz y sin respuesta. Dentro de él se distinguen pocas cosas ya que estoy vencido por la presencia de la casa que se alarga en corredores llenos de salas y salones, tan frágiles que me parecen hechos de turrón de anís. Me sorprende pensar que los objetos hasta ahora reconocidos por el recuerdo, se diluyen en un conglomerado de zaguanes, de porches, de patios empedrados. Los vahos sulfurosos de las ventanas, la luz de la luna en las ventanas.

Siento la lengua lijosa y seca, porque me imagino que hablo y en voz alta. La correspondencia exacta de mi rostro la encuentro en la imagen sin contornos del ángel que domina el centro del techo. Falta un pequeño delirio, un vértigo dividido como el sueño o la fiebre, para que las dos figuras, ángel descolorido y rostro inmóvil, se encuentren por encima del tiempo. No terminan de cambiar las grandes lagunas, los ríos sin corriente, que un silencioso pensamiento hace fluir en la oscuridad de la pieza. Y es más profunda la oscuridad cuando, después de mirar y remirar el techo, cierro los ojos y el rostro se adivina afuera, en la superficie, escamoso y seco, bajo la bolsa de los ojos, elevando la pulpa de la nariz, en la asimetría aplomada de las facciones. He manejado y manejo los elementos de la realidad inmediata; puedo manipular la intensidad de la luz que se cuelga por la puerta o el rectángulo que aprisiona los barrotes de la celda, proyectándose al lado contrario de donde está, como para hacer todavía más patente toda esta gran apariencia. Apariencia que domina los perfumes verticales de la tierra que se levantan desde el patio y entran por la ventana, junto al ladrido lejano de mis perros que no soportan la soledad. Voy a reunirme con ellos, será lo único que me lleve. Debo esperar y estar lúcido y alerta. Mientras más reducido es el espacio que me queda por habitar, pero que mañana se alargará ancho e interminable, huele las pocas verdades que me obligan a permanecer vigilando,

adivinando el momento en que la puerta vuelva a golpearse y entre la persona que debe juzgarme, liberarme.

Así pensó Exequiel. Y lo escribo para que las personas que lo vieron por última vez se expliquen la actitud encantada que tenía camino del patíbulo. Una vez había olvidado pensar algo, algo que ahora le servía para creer que quizás la vida comenzaba y que esas gentes que lo rodeaban no eran sino la parte de la odiada gente.

*París, noviembre 1968.*

---

## EL PAPA DE LA BERNARDITA

*para Asunción, en Gantes*

### UNO

LE DIJIMOS al Nacho que no viniera, que no valía la pena. Pero quién sabe qué le pasó por la cabeza mientras se tomaba la sopa que después dijo que iba a ir, que se aburriría todo el domingo solo en la casa. La mami me miró y levantó una ceja: ¡Hacía tanto tiempo que íbamos solas al Quisco! Desde que se murió mi papá, la mami no aguanta los domingos en Santiago, en la semana es distinto, ella va a la oficina, se acuesta temprano y lee la Confidencia. Pero los sábados nos vamos las dos a la costa, también porque hay que airear la casa, dice la mami que en el invierno se llena de humedad. Con el Nacho no se puede contar, ya nos hemos acostumbrado a no invitarlo. Incluso le decimos que no venga porque dice la mami que le conviene pololear con la Bernardita e irse a Pirque los fines de semana, que allá hay sol y aire para los pulmones; casi se muere junto con mi papá de la pleuresía que tuvo, estaba flaco y cadavérico, tres meses en cama también. Siempre el papá de la Bernardita lo pasa a buscar el sábado en la mañana y lo cuida como si fuera hijo suyo, pensará que es huérfano, el pobre. Esto no lo dice, es muy amable, una vez le trajo flores a la mami. Pero el sábado estábamos almorzando.

do, creyendo que el Nacho ya se había ido en la mañana, cuando vimos abrirse la mampara y el Nacho entrar como si nada. No hubo caso de sacarle una palabra. La Pancha le sirvió el almuerzo y mientras se tomaba la sopa dijo que iba al Quisco también. Yo pienso que lo que pensó la mami fue que se había peleado con la Bernardita, yo también lo pensé, por eso le dijimos que se quedara, para que se pusiera en la buena. Tomándose la sopa dijo simplemente que iba a ir y que ni una palabra más y cuando la mami se le acercó y le tomó la cabeza y lo besó le dijo ya señora, déjeme almorzar.

No entiendo la manera brusca de los hombres. La mami tan cariñosa con él y él casi la bota. Yo los miraba callada; me sentía muy contenta de que el Nacho fuera al Quisco. Con la mami hablo muchas cosas pero con él es distinto. A veces, durante el verano, cuando está de buenas y la mami le presta la citroneta los domingos por la mañana, vamos los dos a Algarrobo y nos encontramos con las niñas de mi colegio en el Yate y lo pasamos muy bien. La mami prefiere quedarse en la casa arreglando el jardín, se lo lleva plantando y cambiando las matas de un lado a otro. Se pone unos bluejeans viejos del Nacho y un pañuelo en la cabeza y no habla durante horas. Es ahí que le presta la citroneta. Yo sé que el Nacho me lleva porque soy yo la que conozco niñas en Algarrobo y también porque mi mamá lo obliga. Si no, no se la prestaría.

Estaba pensando en esto mirando comer al Nacho. Mi mamá se había ido a arreglar. Hacía lindo día, yo ya me estaba poniendo vestidos de verano.

- ¿Peleaste con la Bernardita?
- No te metai en mis cosas, ¿querís?
- ¡Te preguntaba no más!
- Bueno.

Yo no le tengo miedo al Nacho. Es pura pose. Me

gusta pincharlo y que se enoje, se pone furia. Una vez casi me quiebra un plato en la cabeza. A propósito de lo mismo. Estábamos comiendo y le pregunté por qué no traía a la Bernardita a la casa, que a lo mejor no era cierto y no sé cuántas cosas más. Si la mami no lo ataja me mata. Pero yo sé que le quedó picando lo que le dije porque no me acuerdo cuántos días después vino el papá de la Bernardita por primera vez a pedirle permiso al Nacho para ir a Pirque. Tiene un auto fantástico, el papá de la Bernardita, ocupa casi toda la cuadra. Es bien buenmozo. La mami se quedó suspirando. Desde ese día vino todos los sábados, y al final ya no entraba. Cuando el Nacho no lo estaba esperando en el zaguán, tocaba la bocina dos veces; yo la sentía desde la cama, el sábado puedo levantarme tarde, no tengo colegio. Pero había veces que el auto no llegaba a la hora y el Nacho se desesperaba, comenzaba a cerrar las puertas a golpazos hasta que la mami le pegaba un solo grito desde su pieza y él tenía que encerrarse a esperar en el escritorio.

La Bernardita debe tener mi edad. La otra vez le pillé una foto al Nacho mientras le arreglaba la ropa. Es linda, tiene el pelo lacio igual al mío y parece que castaño. La Leonor me dijo que la había visto una vez en una fiesta.

Cuando el Nacho terminó de almorzar se levantó y se fue a su pieza. Yo me quedé un rato pensando en todas las cosas, sin ganas de ir a arreglar la maleta. La mami parece que ya había salido a revisar la citroneta y a comprar la carne para la semana. Me tendí un rato en el sofá del living porque no daba más de flojera. Sentí andar al Nacho en su pieza. Ese día estaba de malas aunque nunca se sabe bien cuándo se le puede hablar o no. Es igual a mi papá. Claro que a veces, sobre todo los viernes, cuando se acerca el sábado y se va con el papá de la Bernardita, es más simpático, no siempre es plomo. ¡Pobre! se mata estudiando, ahora que está repitiendo la mami le tiene prohibido llegar más allá de las nueve. El año pasado llegaba siempre tarde

hasta que una noche entró a mi pieza mientras estaba durmiendo, completamente borracho, y me dijo no sé qué, yo estaba demasiado dormida, algo así como que lo fuera a acostar; y la mami lo sintió y vino y no pudo salir durante una semana. Esa noche el Nacho me dio miedo, cree que porque tiene dieciséis años puede hacer lo que quiere.

La mami volvió luego y me retó porque no había arreglado las cosas. Subí a la pieza del Nacho y le saqué ropa interior, camisas y pantalones del closet. Estaba tendido boca abajo en la cama, estoy segura que haciéndose el dormido. Le dije que se levantara, le grité y cerré la puerta, es capaz de tirarme cualquier cosa por la cabeza. Bajé y la mami me gritó que íbamos a comer a las once de la noche si no nos apurábamos y que mañana no habría caso de hacer ninguna cosa.

—¡Nacho!, ¡Nacho! —gritó por la escalera—. Baja y mira si me dejaron bien las luces del auto.

Ni una palabra. El Nacho parecía estar durmiendo en serio. La mami tuvo que subir. Cuando bajó me dijo:

—Está llorando. Pone tú las cosas en el auto. Yo voy a hablar con él.

Aunque parezca mentira, desde que se murió mi papá, la mami y yo nos sentimos mejor cuando el Nacho está en la casa. Si la mami prefiere que vaya a Pirque es porque piensa en su futuro, yo no me meto pero parece que los papás de la Bernardita son ricos, si no no tendrían el auto que tienen. Claro que cuando supe que el Nacho estaba llorando sentí una pena tremenda por él y mucha rabia por la Bernardita, por los papás y por Pirque. Me pareció que tenía que hacer todas las cosas en silencio como si hubiera alguien enfermo. ¡Qué tonta soy!, me quedé parada mirando la escalera sin saber qué decir. Después salí al zaguán llevando las primeras cosas. La Pancha vino a ayudarme, entre las dos cargamos la citroneta. Cuando terminamos,

nos sentamos en el asiento de atrás a esperar que ellos bajaran.

Me puse a pensar de nuevo en la Bernardita. No sé por qué me preocupaba tanto. A lo mejor porque me habría gustado pololear con alguien como el Nacho o simplemente pololear. Pero mi mamá no me da permiso, dice que cuando tenga catorce años. La Bernardita debe tener por ahí y pololea. En la foto se veía agrandada, como se pintan y acortan el uniforme... Ahora debía haber peleado con el Nacho, por eso estaba llorando. Y yo que creí que el viaje iba a ser alegre. Estuvimos un buen rato, la Pancha y yo, sentadas esperando. Se me acalambraban las piernas y hacía calor. La Pancha sudaba y resoplaba por lo gorda que es, si casi no cabe en el asiento de atrás.

Primero llegó la mami sola, que hizo partir la citroneta, y después el Nacho. Estaba callado pero no lloraba, me daba no sé qué mirarlo, no fuera a decirme cualquier cosa más encima con lo triste que estaba.

El viaje a la costa me lo conozco de memoria, podría cerrar los ojos y saber por dónde vamos. Al partir de Santiago siempre tomamos las mismas calles, no sé cómo se llaman, pero son las mismas siempre. Sé que pasamos por la Alameda y por el Parque Cousiño y que desde el camino se ven los aviones partir de los Cerrillos. La mami me lo dice siempre, quiere que me aprenda las calles para cuando maneje. Me acuerdo que el sábado el Nacho y la mami llevaban las ventanas abiertas, pero que hacía mucho calor, más que todo por la Pancha que me apretaba y no me dejaba respirar. De cuando en cuando la mami miraba al Nacho y le tomaba una mano, y aunque parezca raro, él no decía nada, no decía pesadeces. Al pasar Padre Hurtado, fue él el que miró a la mami y ella se rió. Paró la citroneta al lado del camino y el Nacho se cambió de asiento. Estoy segura que la mami lo dejó manejar para que no estuviera

38

triste, no le gusta que el Nacho maneje cuando hay mucho tráfico.

A mí me gusta que maneje, me parece que es el papi. Maneja muy bien. Claro que el auto del papi era fantástico, fue él el que le enseñó a manejar al Nacho. Me acuerdo la primera vez, en ese mismo camino, que lo dejó manejar. La mami casi se baja y sigue a pie, no sabía que el papi ya le había enseñado algo. Casi se cae muerta. Después se acostumbró, también porque el Nacho comenzó a manejar mejor. Cuando el papi se murió el tío Lucho vendió el auto y le compró una citroneta a la mami. Dijo que gastaba menos.

Lo que más me gusta del camino es pasar a la Montina. Pero el sábado mi mamá dijo que estábamos atrasados y que si tomábamos las once llegaríamos muy tarde. Había que comprar leña, hacer las camas y encender la chimenea. Y la comida, claro. Parece que con el boche del Nacho salimos más tarde que de costumbre. Pero al pasar estaba lleno de autos así es que no lo sentimos. Siempre que hay demasiada gente los mozos atienden mal y hay que esperar horas y horas para que sirvan las once.

Después de Melipilla, la mami le puso sus anteojos negros al Nacho por el sol en contra. Es la parte más cargante del camino, lleno de subidas y bajadas y todo seco y solo. La citroneta parece que anda apenas, no tienen nada de fuerza, y más encima con la Pancha y las cosas. Yo estaba tan apretada y tenía tanto calor, que me dio sueño. Las piernas se me habían dormido hacía mucho rato y poco a poco me dejé caer sobre la Pancha que levantó un brazo y me apoyó en el pecho. Me desperté al bajar la cuesta de San Sebastián. El mar desde arriba parece que no se mueve. Es increíble. Con el sol como estaba no era azul, era plomo y brillante, parecía un cuadro.

ME MORIA de ganas de decirle al Nacho que fuéramos a Algarrobo el domingo por la mañana pero siempre que yo le pido algo me dice que no. No sé por qué es así, como si tuviera envidia de que las cosas no se le ocurran a él, es capaz de podrirse con tal de salir con la suya. Así es que me quedé callada, por último podía invitar a la mami si él no quería ir. Por tonto le pasa, ¿qué le cuesta decir las cosas claras? Todo porque es hombre cree que tiene que hacer lo mismo que hacía mi papá. Recién la mami lo había retado porque no quería ir a comprar leña. Yo estaba haciendo las camas y el rezongaba que si no hubiera venido nos habríamos arreglado sin él. No aguanta que lo manden. En cuanto llegamos se tendió en el living al lado de la chimenea apagada y no se movió en todo el rato que la mami con la Pancha sacaron las contraventanas y sacudieron los muebles. Cuando terminaron el aseo y se fueron a la cocina, él se quedó ahí, sin luz, sin moverse, como si estuviera enfermo de verdad. Yo ya había hecho la pieza de la mami y la mía, me faltaba la del Nacho, cuando le dijeron lo de la leña. Estaba segura que iba a contestar que no lo jodieran, que mandaran a la Pancha, que estaba muy cansado. Pero la mami no tiene nada que ver, si se enoja es capaz de pegarle, el Nacho todavía le tiene miedo. Después de alegar un buen rato lo sentí subir la escalera y entrar a la pieza. Creí que venía a encerrarse pero sacó la billetera y se fue sin decir nada.

Ya estaba bien oscuro cuando la mami me pidió que fuera a comprar pan, que se le había olvidado decirle al Nacho. Me dijo que si me apuraba podía volverme con él en la citroneta. Estoy viendo el camino de bajada que desemboca en la playa y la orilla iluminada del mar por donde se había puesto el sol. Me puse el montgómery que me trajo mi tía Amparo de Europa el año pasado y no

tenía frío. Toda la gente dice que en la playa hace frío en las tardes. Lo que hay es viento, mucho más viento que en Santiago, es mejor no peinarse. Es rico sentir el viento en las orejas y en la frente que me da escalofríos, y caminar por las noches como cuando con el Nacho íbamos al teatro a Algarrobo y nos volvíamos a pie porque la mami ocupaba la citroneta. Era ahí que sentía el aire y la oscuridad alrededor y me gustaba saber que nadie nos veía y podía apoyarme en el brazo del Nacho sin que se enojara.

El Quisco es feo, a nadie le gusta. A mí sí. Desde que nací que no he ido a otra playa. Pero nunca he venido más que en estos meses desde que se murió mi papá. Claro que es más entretenido en el verano, la Semana Quisqueña es una de las mejores y se llena de gente. A la mami se le ocurre no dejarnos salir justo para la Semana cuando hay bailes, dice que está lleno de rotos y que se curan. Una vez nos arrancamos con el Nacho y no nos dejaron ir a la playa en varios días. ¡Pero lo pasamos más bien! Aparte de la gente del verano es la única vez en que se ven caras nuevas, hay rotos, sí, pero es más entretenido que quedarse en la casa. En el invierno es triste, yo vengo sólo porque mi mamá quiere y no puedo quedarme sola en Santiago, ella no me dejaría. Lo único que está abierto hasta tarde es el Hotel Pacífico y la panadería y la garita de los buses. No hay nadie, es increíble; puros hombres que se paran en las veredas y toman vino y que cuando paso se quedan callados. A mí no me dan miedo los borrachos.

Ahora pienso que ese día no le hice caso a lo que le pasaba al Nacho. Al llegar al hotel, vi la citroneta parada con la parte de atrás llena de leña pero ni rastros de él. No me atrevía a entrar, así es que miré por una de las ventanas haciéndome sombra con el bolso del pan. El estaba de espaldas, apoyado en el bar, hablando por teléfono. No sé por qué me dio miedo como si lo hubiera

pillado leyendo una carta y haciendo pichí, sentí unas ganas tremendas de que no se diera cuenta que lo estaba mirando. Una, es tonta a veces, lo más natural habría sido golpearle el vidrio y decirle que me esperara para irme con él en la citroneta.

Cuando volví de la panadería, el auto ya no estaba frente al hotel. Se me ocurrió que la mami se iba a preocupar al no verme llegar con el Nacho, por eso me apuré. Iba llegando a la puerta de la cocina y le oí decir a la Pancha que la comida estaba lista. Fui a lavarme las manos y en el baño me encontré con el Nacho. Me preguntó si me gustaría ir al otro día a Algarrobo y que le pidiera yo la citroneta a la mami. No me arrepiento de haberle dicho que sí; era lo que estaba esperando, tenía tantas ganas de ir con él al Yate al otro día.

### TRES

AUNQUE LA mami amaneció de malas, no me acuerdo bien qué le pasaba, me dijo que sí cuando le pedí permiso. Lo único que nos exigió al Nacho y a mí fue que la acompañáramos a misa porque ese domingo se cumplían ocho meses desde que mi papá se murió. Por suerte que no se dio cuenta que yo no me había acordado, qué terrible olvidarme todos los meses. Al principio no podía sacarme de la cabeza la cara de mi papi muerto, envuelto en la sábana en la clínica porque la mami no quiso vestirlo, sin afeitarse, espantoso, le dije a la mami que todo el mundo se fijaría. Me acuerdo que en ese tiempo me juré que nunca lo olvidaría, que iría a misa todos los meses, que le recordaría siempre a la mami. Por eso me da tanta vergüenza cuando se me pasa la fecha, ya no me dan ganas de hacer cosas, ni de ir a Algarrobo, y si fui, fue porque ya le había dicho al Nacho que iría.

Amaneció un día lindo, con un poco de viento. La Pancha me trajo el desayuno antes de las ocho y me abrió la ventana y los cardenales de la quebrada me pare-

cieron las flores más bonitas del mundo. La Pancha me preguntó qué vestido iba a ponerme y se lo llevó para plancharlo mientras yo me tomaba el café con leche. Antes que se fuera le pregunté si el Nacho ya estaba en pie; me contestó que sí, que la mami lo había tenido que retar pero que ya se había levantado.

Fuimos a misa los cuatro, y yo, la mami y la Pancha comulgamos. El Nacho no. Hace hartito tiempo que no comulga ni se confiesa, desde que se salió del colegio y tuvieron que ponerlo en el Lastarria. Lo raro es que parece que en el liceo le va mucho mejor en los estudios, no sé por qué será, tiene unos compañeros más fomes pero buenas personas, ninguno estupendo, claro. Hay veces que los trae a la casa y se pasan conversando hasta tarde. Yo no puedo quedarme dormida oyéndolos caminar y discutir en la pieza de arriba. Una vez se me ocurrió preguntarles de qué hablaban y el Nacho me mando a buena parte.

Fuimos a misa de nueve, la mami no quería encontrarse con todo el mundo en la de once. Es mucho mejor, el cura no predica y dura menos de media hora. Aunque yo quería concentrarme en mi papá, no podía, miraba al Nacho disimuladamente, no se había afeitado los pelos rubios que le salen en la pera, a contraluz de la puerta de la parroquia parecían hilos lacios que no fueran de él. Cuando salió la misa, pasamos a dejar a la mami a la casa y nos recomendó que no llegáramos tarde a almorzar, a las dos a más tardar, no quería irse tarde por el tráfico. Yo había pensado en lo bien que iba a pasarlo en Algarrobo pero no podía estar contenta, algo con el Nacho o la misa de mi papá me perseguía sin dejarme tranquila, me sentía más bien triste, tanto que el Nacho me preguntó y yo lo vi contento, él sí que iba contento.

#### CUATRO

ME DA lata contar lo que pasó después, sobre todo porque

desde el domingo me siento distinta, como si tuviera fiebre, me cuesta recordar punto por punto las cosas que pasaron. No estoy enamorada, la Leonor me dijo que sí cuando se lo conté, pero es un secreto a pesar de saber que nunca voy a pololear con él. Desde que llegamos no puedo dormir, pienso y pienso hasta que se lo conté a la Leonor, en el colegio, durante el recreo. A lo mejor creyó que me estaba cachiporreando por eso no se lo conté todo, en realidad le conté todas las cosas al revés. Le dije que el papá de la Bernardita había venido a la casa del Quisco con el hermano de la Bernardita y no que nos habíamos encontrado con ellos en Algarrobo. Lo del hermano de la Bernardita también era mentira porque no era el hermano de la Bernardita pero como yo no sabía quién era le dije a la Leonor que era el hermano para que no preguntara tanto. El Nacho lo conocía sí. Y en vez de decirle que los habíamos encontrado en el Yate a los dos tomando Coca-Cola, el papá de la Bernardita tan elegante con pañuelo al cuello y anteojos negros, le conté que habían pasado a la casa a saludar a la mami y a decirle al Nacho que la Bernardita estaba enferma. La conversación entre ellos tres, porque el papá de la Bernardita se paró cuando nos vio entrar y nos invitó a sentarnos a nosotros también, no se la conté. El Nacho estaba colorado como tomate y Marcos (¡qué raro!, le dije a la Leonor que se llamaba Pablo) lo miraba como con pena, y el papá de la Bernardita parecía otra persona, yo no sabía qué decir, me daba miedo, intranquilidad, hasta que Marcos se fijó en mí y me preguntó en qué colegio estaba, mientras el Nacho y el papá de la Bernardita se ponían a conversar de las lanchas que estaban paradas abajo en el muelle. A Marcos no podía hacerle caso, trataba de contestarle las preguntas y también de escuchar lo que los otros hablaban, no por curiosidad, pero Marcos me sonreía y poco a poco me fui olvidando y me pareció

que por primera vez me tomaban como persona grande; me hubiera gustado quedarme un buen rato conversando con Marcos y almorzar ahí como lo hace la otra gente que no tiene que volver a su casa a almorzar. A la Leonor le conté que en el momento que habían llegado el papá y el hermano de la Bernardita, la mami no estaba y que en realidad el papá había conversado con el Nacho, pero no en Yate, en la terraza de la casa del Quisco y que el hermano me había convidado a conocer el cerro que no lo conocía. No le conté que habíamos ido a andar en lancha, los dos solos, mientras el Nacho con el papá de la Bernardita iban a caminar por la playa, sin siquiera fijarse en nosotros. Todo lo demás se lo conté, incluso que se me había declarado para que me dejara besar. Había mucho sol y poco viento, me acordé de una película de la Sofía Loren, en una lancha, también con el pelo suelto, pero yo iba callada en el asiento del medio, mirando cómo Marcos manejaba, se parece a Anthony Perkins pero en rubio, con bluejeans y camisa celeste, es estupendo. Poco antes del rompeolas, de la línea de espuma que me da asco, Marcos me dijo que podía parar el motor y echarlo a andar de nuevo, se rió de mí cuando le dije que no teníamos remos si no partía y de repente todo se quedó en silencio y las olitas se oyeron golpeando contra la lancha. ¡Qué lindo se ve Algarrobo desde el mar!, eso es lo que eché de menos de contarle a la Leonor.

Marcos es lo más raro que he conocido, quiso besarme sí, pero yo no lo dejé, le dije que volviéramos porque el Nacho se iba a enojar, estaba entumida y después que me tomó la mano comencé a sentir un calor en la cara que me dio ganas de sacarme el chaleco, no me había fijado que él estaba quemado, que tenía el pecho mucho más blanco que la cara y una medalla con una cadenita, me daba vergüenza mirarlo. Poco a poco me comenzó lo que no puedo dejar de pensar en estos días, unas ganas de besarlo, de que

volviera a querer besarme, me fijé que él tenía el pelo igual al Nacho en la parte de atrás, y cuando me besó se me cayó un brazo por el lado de la lancha y sentí la espuma del rompeolas. Digo que Marcos es lo más raro que he conocido porque una sola vez me preguntó si quería pololear con él, cuando no quise besarlo, pero después que echó a andar el motor y nos alejamos un poco más de la costa se quedó callado sin mirarme, yo tampoco quería mirarlo, sentía que el corazón se me iba a salir por la boca, con la mano en el agua hacía saltar un chorrito que me mojaba el chaleco. De repente se me ocurrió que al volver, Marcos iba a contarle todo al Nacho, me asusté porque es capaz de acusarme a la mami. Pensando en esto no me di ni cuenta cuando volvimos, vi de repente el muelle y los yates y al papá de la Bernardita que se estaba paseando solo por la playa, esperándonos, y me dio tanto miedo verlo como enojado, los anteojos negros y la chaqueta color barquillo, como si yo no existiera, fumando y mirando a Marcos, mirando a Marcos y fumando, que antes que llegáramos a la orilla pegué un salto y metí todo un pie en el agua porque quería irme corriendo a donde estaba la citroneta, el Nacho ya podía haberse ido. Pero estaba adentro, con una mano en el volante y la otra tapándose los ojos. Al principio no me di cuenta que estaba llorando y al verme salió y pegó un portazo, no supe qué decirle para que no me retara.

A la Leonor no pude contarle las cosas que sentí en el viaje de vuelta; el Nacho callado a mi lado, yo sin atreverme a preguntarle qué le pasaba, porque no podía abrir la boca, quería ver luego a la mami y a la Pancha, llegar a la casa para olvidarme de todo, sobre todo de la cara del papá de la Bernardita, tenía frío y toda la manga del chaleco mojada. Ahora me arrepiento de no haberle contado estas cosas a la Leonor, si pudiera contárselo de nuevo le diría la verdad, qué idiota fui.

*Pollensa, Reyes, 1968.*

ANTES, AYER, yo amaba a Irene. Hasta ayer en que ella se fue, yo la amé locamente.

Ahora, que trato que la línea del párpado no se corra, dibujarla como siempre vi que ella la dibujaba, un ojo ya terminado, el otro sin embargo que sospecho quedará un poco distinto, más oscuro, con la sombra menos violeta, tirando al malva (¡lo que es la inexperiencia!), la raya menos dócil y ondulada y sobre todo de otro color —me estiro el ojo con el índice de la mano izquierda mientras la otra mano tiembla repasando el borde donde están plantadas las pestañas— sin saber por qué, ya que he utilizado el mismo lápiz para uno y otro ojo; que parece que este arreglito va a resultar un desastre, parado como estoy sobre el piso mojado del baño y que sus pantuflas de raso me oprimen salvaje los pies, equilibrándome entre resbalones pues me tengo que inclinar hacia el espejo donde la luz es más fuerte y todo para que este ojo quede en lo posible igual al otro, lo que dudo; que siento que el calor de la ampollita funde la crema base haciéndola gotear por la frente y las mejillas como un excesivo sudor que amenaza también con inundar y echar por tierra el paciente trabajo de los ojos; que me doy cuenta que antes debí ponerme el pancake y los polvos ya que de este modo la piel estaría ahora seca y no chorreando esta especie de esperma: la siento correr silenciosa por el cuello y es por esto que me quedo quieto, para no arruinarme el vestido: las manchas de grasa se impregnan para siempre en la muselina blanca; que advierto, de una ojeada, que las uñas me quedaron ásperas e irregulares y —lo más terrible— que no tienen el mismo tono que ella usaba; que no sé cuándo voy a terminar de darle al ojo ese aspecto ensoñado que ella

conseguía cada vez que en el pasillo me decía estoy lista, que, eso sí, recuerdo que en la misma comisura del párpado la línea subía hacia la órbita, debilitándose, terminando en punta con una colita; que, también, debo apurarme porque debe faltar poco para que él llegue, tengo que ir a sentarme a la sala, encender la tele, repetir los movimientos que acompañaron nuestras últimas veladas lentas y silenciosas; que aún me falta ponerme los zapatos y todo por este ojo, que, mierda, no va a quedar nunca igual al otro y parece que será mejor dejarlo así; ahora, sí, ahora soy Irene.

*Quiberville, La Cigogne, octubre 1968*



*The night is long that never finds the day*

MACBETH

---

## EL ALBA DE NINGUN DIA

*A Juan Vitores Anselmo, a la  
perdurable juventud de su muerte  
A Mery y Jorge Wacquez*

EL SABIA que el esfuerzo de subir la escalera terminaría por abatirlo. Pero amaba esa casa; la avenida y la reducida extensión que se veía a través de las ventanas: techumbres y trozos de patio, un poco del verde de los tilos que bordeaban la calle, también el hollín que espolvoreaba los vidrios de una alterada opacidad triste e irreal. El amaba eso, la melancolía de ese barrio industrial, la visión encerrada que hacía que la casa pareciera un objeto incomprensible y artificial, un monstruoso tumor de mármol y zócalos de yeso crecido en medio de chimeneas, tubos de ventilación y extensos techos que se obstinaban oblicuos hacia la Florida.

Sentado frente a las ventanas del salón donde lo dejaron, pensó con tristeza que la escalera había terminado quizás por abatirlo. El siempre había escuchado con una oreja los consejos bien intencionados que pronosticaban que el aire enrarecido, la escalera, los extensos pasillos de la casa, agravarían su asma. Pero esto él lo sabía; harto conocía los peligros de amar ese lugar casi vacío —sin hijos ya— en el cual sus pasos y los de su mujer producían ecos que las espesas cortinas, los cuadros y tapices, las gruesas alfombras, no conseguían atenuar.

Presintió el ahogo sordo que volvía, el dolor en el brazo izquierdo, la frente tensa y congestionada, los latidos presurosos de las sienes y del cuello, al lado izquierdo, sobre todo al lado izquierdo. Hubiera querido abandonarse a alguna somnolencia, perder esa nublada visión que venía justo antes de sentirse sofocado y maltrecho, relajarse, dormir, no estar allí. Pero vigilaba cada cambio de su organis-

mo. Con cansancio, casi con desprecio por ese cuerpo que lo dejaba fuera, traicionando así la dilatada compañía en la que bien o mal se habían entendido. Primero fue un ronquido que le subió hasta el hombro —no un dolor, más que eso, un dolor con ruido— que resbaló después por el brazo crispándole la mano al sillón. Se vio arqueando el pecho hacia adelante y la cabeza que golpeaba el respaldo, como si de esta forma hubiera podido sofocar el vómito enorme —lo imaginó mayor que el volumen de todo su cuerpo— que luchaba por derramarse sobre él —no sabía, era ridículo— sobre su traje impecable, su camisa blanca; prohibiéndose esa liberación: le parecía que así conservaba algo de lo que le permitiría vivir.

— ¡María!

— Sí —decía la voz en el vestíbulo— ya llamé la ambulancia. Pero doctor... espere un segundo... ¡Jorge!, ya vengo, no te muevas, dice el doctor que no te muevas... Sí, no creo que sea el asma. Hoy estaba bien, usted sabe que en el verano se siente mejor, que ni tose. Hoy se levantó animoso y fuimos al cementerio, nos llevó el chofer y todo. Vamos todos los años a llevarle flores a ese compañero que se murió cuando él estaba en el colegio. Nosotros somos los únicos que se acuerdan del pobre. Y como hoy era 4 de diciembre, fuimos, más bien temprano... sí, sí, no se cansó nada. Estaba lindo el día... No sé... no más que todos los años. Sólo estaba muy callado. Mientras yo con Raúl limpiábamos la tumba y arreglábamos las flores, él se sentó en una especie de monolito que hay al lado y lo único que dijo fue que había que rehacer la inscripción porque ya casi no se lee... pero más bien tranquilo. Cuando volvimos, subí primero y lo sentí quejarse en la escalera. Bajé corriendo y estaba sentado, me dijo que le dolía el brazo y veía nublado. Llamé como loca a Raúl y lo subimos al salón. Al tiro llamé a la clínica... Sí, parece que

tiene, voy a tomársela... ¡Tan rápido, doctor!... dijeron que... debe estar por llegar... ¿lo llamo yo? ¿a qué hora? ¡Ah!, ¡usted va a estar allá! ¡qué bueno, doctor! Ya... muy bien, ya, doctor... gracias, doctor.

El chispazo de la campanilla y los tacos que se apresuraban hacia él, fueron lo único que removi6 el abultado silencio de la casa. El espasmo pasado, vio la ventana y las débiles imágenes: una película borrosa y sin sonido que tenía la movilidad de su respiración, de la sangre que circulaba enloquecida por su pecho y lo asaltaba en oleadas sucesivas.

—¿Cómo te sientes?, la ambulancia va a llegar de un momento a otro.

Sólo la miró, esforzándose por enfocar su imagen, casi con desesperación al darse cuenta que ya no podía verla, que era una sombra gris sin contornos que se inclinaba sobre él. Pero esa mano que le toca la frente, esa mano fresca y seca, era ella; ella estaba ahí.

— No te canses.

Le pareció que la voz temblaba. Cerró los ojos, se abandonó a la voluntad de los otros, de otras escenas que veía pasar frente a la ventana: un rebote de pelotas —le ponen un objeto duro y helado entre los dientes— un rebote crece entre los gritos del recreo; y es sordo como todos los botes, persistente pero más rápido, más acelerado, uno al lado del otro hasta que no se diferencian entre sí; y lo opaco y repetido se transforma en un ruido uniforme, en un sonido sin discontinuidad, contra la pilastra del arco de basketball, como si la pelota que antes iba y venía, se hubiera quedado pegada contra un timbre produciendo ese aullido continuo que se agudiza, crece, llega claro, insoportable: el pito de entrada a clase, mocho de mierda.

— Es la ambulancia.

Los pasos se alejan y abre de nuevo los ojos para cerrarlos de inmediato porque no quiere ver. Los ruidos en la

escalera, la remoción de la puerta: apartan los sillones. Entre sus párpados cerrados y la ventana pasan sombras y se oye un deslizarse de ruedecillas sobre la alfombra. Se siente tomado por las axilas, tendido sobre una espuma que le disminuye los calambres del pecho y las piernas, que facilita la respiración. La cuerda de nylon que le aprieta el cuello se afloja, dulcemente, aliviadamente. Era eso. Lo que hacía falta: tragar el aire así, que llegue a los tobillos y vuelva, mientras descansa sobre las baldosas frías y el partido sigue, la pelota golpea y los pitazos...; la camisa de franela, verde e imaginada, se le pega al pecho húmedo de sudor.

— Quédese ahí —dice el hermano—, es mejor que descanse.

Pero en seguida se siente levantado con patio y todo y advierte sin ver que el mundo da vueltas. Y porque no entiende abre los párpados y alcanza a vislumbrar un trozo del invernadero y el pasamano de mármol; luego, sólo el techo bajo de la escalera que desfila cercano sobre su rostro. Parece que el dolor en el pecho, que lo ha obligado a abandonar el partido, va a volver. Entonces alarga una mano, atrapa la mano gruesa y velluda del hermano Lucio.

- No tiene que moverse.
- ¡María!
- Jorge, estoy aquí.
- No llore, señora.
- María, ¿por qué lloras?
- Si no, Jorge, si no lloro.

El zarandeo se termina y lo depositan en el zaguán, al lado de las begonias y los filodendros. Los ve tan cerca y hace tanto calor que la camiseta verde... —me llevan a la enfermería. Lo deslizan sobre los dóciles rieles de una galería de vidrio. No, es la ambulancia, mullida, que se pone en marcha y los cristales se apagan, las cortinas se corren.

Una mano, tú, María, se apoya dulcemente sobre su frente, resbala cerrándole los párpados. Y él se mueve con la mano en un balanceo de resortes; los nueve jugadores lo miran desde la altura.

— ¿Qué pasó?

— Tiene asma.

Este peso que viene de abajo es el ascensor que lo lleva a la enfermería, lo deslizan por los corredores encerrados, asépticos y recientes. Y al fin, por fin, viene el sueño; se deja caer en él, sin resistencia, sin resistencia.

Y en efecto, la escena que se abre después corresponde al momento de volver del desmayo. El hermano Lucio y el Michele lo miran en silencio, uno de ellos aún con la máscara de goma en la mano, el tubo de oxígeno al pie de la cama y el cielo limpio y respirable, de nuevo abierto, la mano del hermano Lucio sobre la frente, el olor a sotana tan cerca y la camiseta seca y almidonada a la piel. Suspiró.

— Ya está mejor. Que no se levante. Mándale buscar el pijama al dormitorio. Trate de dormir, duerma; así, cierre los ojos.

Y las visiones, otras, son esta cámara de nylon en la que el aire es liviano e impalpable, estos dedos que le oprimen la muñeca, la punzante e inmovilizadora aguja clavada en el brazo. Reconoce ese mundo casi submarino fuera del cual todo se esfuma y palidece. Pero no sufre: al interior de esa bóveda traslúcida la respiración es jadeante pero fácil. Y es lo único que ocupa el silencio presente y custodiado de la enfermería —los muros amarillos, la diáfana bondad del aire que entra por la ventana en una visión dolorosa de nítida: el oro del otoño sobre el colegio, los castaños que alcanzan las altas ventanas—: su respiración, ávida de ese aire nunca suficiente, que parece iluminar cada célula de su cuerpo, por ahora dócil y anestesiado. El brazo no le duele, las contracciones y las náuseas no han

vuelto. Abandonado a ese bienestar cierra los ojos y ve que Juan le trae el pijama; lo tiene apretado contra el pecho, lo observa desde el fondo de la cámara, detenido como un milagro, al pie de su lecho en la enfermería, exactamente como era.

— No vengas aquí —le dice—, ¿quién te dio permiso?

No habla; muestra con los ojos y los brazos que es por el pijama.

— El Lucio me mandó.

Abren la cortina de nylon del lado de los pies y María lo observa curiosa, los ojos enrojecidos. Un muro que se esclarece, ¡su visión no lo engaña!, todo se debe a ese turbio pergamino en el que lo han puesto.

— El Lucio me mandó a traerte el pijama. ¿Qué te pasó?

— Me voy a morir. Tengo asma.

Por el costado, entre la cama y la cortina de nylon, introducen unos aparatos con botellas oscuras y una maqui-  
nita niquelada.

— ¡Jorge!, no digas eso, no... ¡doctor!

— Es mejor que salga, señora.

Bajan la cortina, lo reducen de nuevo a ese universo nebuloso que es mejor no mirar. Lo ve callado, apretando el pijama. El único cambio son los ojos azules, oscuros y brillantes. Pero es el mismo, exactamente el mismo.

— ¡Y qué! ¿qué importa?, si yo también... yo también ya me morí.

— Lo sé, lo sé... o no, ¿cómo quieres que lo sepa? Lo que me extraña es ver que me has reconocido, después de tanto tiempo. Tú estás igual pero yo... todos estos años.

Es mejor conversar con los ojos cerrados, así se cansa menos.

— ¡Es que tengo una memoria! ¡tenemos una memoria!

Sin mirarlo sonríe al recordar que hay que rehacer la inscripción y que si no...

— Si no mando rehacer la inscripción nadie se acordará.

¿Lo sabías?

— Palabra que de eso no me acuerdo. ¿Dónde?

Contesta:

— En el cementerio.

Aunque sabe que se burla de él como siempre. Antes, en la fila, le golpeaba la cabeza ¿quién fue? ¿quién fue?, en la capilla.

Le pinchan los brazos, el dorso de las manos. Algo que no reconoce se le incrusta sin dolor en el pecho, entre las costillas. Sabe que hacia abajo continúa su cuerpo, el vientre abultado, las piernas, el sexo debe estar ahí. Se lo toman y otro algo, resbaladizo, se encapota sobre él, se lo alarga.

— ¡No!

— ¿Le duele? Más vaselina, por favor.

— ¿Ves tú? Yo ya no tengo, no tenemos esos problemas.

— ¿Dónde?

— Aquí.

Lo mira y a pesar de todo lo ve enrojecer.

— Sale p'allá, no me contís cuentos.

— Si no, palabra, ¿por qué no me crees?

— Estoy cansado, viejito.

— Debe dormir.

— ¡Pero si estoy durmiendo!

— ... delirando —contesta el eco apagado y lejano de la voz de María— qué hace...

Verlo ahí, de repente, le da miedo. Pareciera que la tarde ha caído súbitamente y que sólo Juan permanece en medio de una aureola diurna que se desplaza con él. Se pasea por el pasillo de la enfermería como reflexionando.

— No te hagas el importante, ¿quieres? Al fin, hemos sido nosotros los únicos que nos hemos acordado todos estos años.

— Ya lo sé, ya lo sé. No me estoy haciendo el importante.

Sólo una luz violeta golpea la cámara de nylon. Pero no entra. Persiste allá afuera entre sombras que se mueven en silencio. Esa luz violeta no es el alba. El alba es rosa, anaranjada, amarilla detrás de la cordillera. No es el alba.

— Tienes que levantarte y ponerte el pijama. ¡Ya!

— ¿No ves cómo estoy con las agujas? No puedo moverme.

Tenía las agujas y escuchaba un murmullo, constante y geométrico: el de la maquinilla niquelada que sonaba inmovilizándolo, incrustado en el pecho y, sobre todo, la bóveda tibia y sombría que le impedía imaginar su contorno.

— ¿No ves?, ¡cómo quieres! Me va a doler el brazo.

— ¡Qué te va a doler!, son puros cuentos. El Lucio me mandó. Además...

¿Qué quería insinuarle con esa sonrisa esfumada y traviesa en los labios? No lo escuchó.

— ¿Además qué?

— Podemos volver allá.

— Sí —se oyó decir abatido—, ya entiendo, quieres que me muera. Pero ahora no puedo. Me siento pésimo.

— No seas cobarde. Yo no quiero volver solo. Te he esperado toda la mañana.

Le encontró razón: era lo prometido, lo sagrado.

— Pero me tienes que ayudar.

— Sí, sí, levántate, lo pasaremos bien. O no... si el Lucio lo sabe...

— ¿Ves?

— Te llevaré en brazos, o mejor, en la misma cama. Yo la empujo.

Se acercó, dejó el pijama sobre la cama, le mostró las palmas de las manos, blancas y pálidas, se las acercó al rostro y ahí comprendió que había tenido razón: que Juan era su amigo: le mostraba las manos limpias, sin

armas, fosforescentes en medio de la opacidad violeta de la cámara.

— ¿Te convences? Vamos. Yo te ayudaré.

De pronto algo le oprimió la nariz y la boca, lo hizo respirar a la fuerza. Se debatió, creyendo en un instante que él lo traicionaba.

— Te la tengo que poner. Así estarás mejor, respirarás mejor.

¿Cómo no había pensado? Lo vio levantar el tubo de oxígeno, acostarlo a los pies de la cama. Después se puso por detrás y comenzó a empujarlo a lo largo de la fila de camas de la enfermería. La luz violeta se intensificó hacia el azul. Las puertas de las celdas transitaban presurosas y el techo amarillo le pareció infinito hacia los ascensores.

Renunció a esa atención que lo fatigaba. Cerró los ojos. Un carro portátil llevaba la maquinita niquelada. Oscuras presencias entre delantales blancos acompañaban el extraño desfile.

— ¡Jorge! ¡Jorge!

— ¡Ya, mamá! ¡cálmese!

— Si no... si no...

— ¿Qué pasa?

Una mano le tocó la frente.

— No hable. Tengan la bondad de esperar en la sala.

Este ascensor, ¿baja o sube?

— ¿Juan?

— ¿Qué?

— ¿Adónde vamos?

— Idiota, a la laguna.

— Pero, y el permiso...

— Si hoy es tarde deportiva. Miércoles.

— ¡Ah!

— ¡Ya está!

— ¿Qué?

— Ya salimos afuera. ¿No ves el sol?

La luz deslumbrante bajo la cual estaba, era el sol y esas sombras blancas que se movían eran las pilastras del corredor. Encontró que la cama, al entrar en el césped, se detenía. Aunque seguían pasando los últimos vértices del edificio, los primeros álamos; comenzaba a barruntar un olor húmedo de hojas, de barro vegetal: la laguna, pensó, llegamos a la laguna.

La cama se detuvo y Juan se aproximó. Le quitó la máscara.

— Me voy a ahogar.

— ¡Payasadas!, ¡payasaditas!

Se rió al comprobar que tenía razón: sin la máscara las cosas eran tanto más bellas, tanto más luminosas: el borde de la laguna y los álamos que la cercaban de este lado. Miró estupefacto esos árboles queridos, esa laguna que de pronto le pareció un estrecho charco detrás del cual comenzaban las viñas interminables, las pesadas bodegas a lo lejos, las manchas de difusas encinas, de aromos, de robles, de pataguas. Lo sorprendió un imprevisto olor de berros entre aguas claras; vio a su madre y a las amigas de su madre que se paseaban sobre la hierba.

— Así es que es esto —suspiró.

Juan se tenía a su lado, una mano entre las suyas, en silencio, como si se recreara en mostrarle ese paisaje fabuloso, tan vívido y repetido, tan igual pero tan diferente. Todavía callado, Juan apartó la mano y se adelantó, mostrándose de espalda. Le miró arrobado las líneas de su perdurable juventud, la belleza delicada del cuello, de los hombros, de las caderas estrechas.

— Juan, dime, ¿estoy muy viejo?

— Estás un poco gastado no más. Quieres descansar. ¿Te pongo la máscara?

— No.

Volvió a verlo de espalda, sacándose la camisa, los pantalones, quedando desnudo al borde del charco.

— Voy a bañarme. Ven, atrévete. Hay que pasar al otro lado. Desde esta mañana nos esperan a almorzar.

Al darse vuelta, lo miró en aquella olvidada desnudez, las piernas delgadas, el sexo joven, la piel morena y tensa, la sonrisa perversa.

— No, ya no soy capaz, tú sí, tú sí puedes.

Descargó la cabeza sobre la almohada.

— No seas tonto. Si se pasa rebién. Levántate.

— Si por lo menos te creyera.

— Créeme. Mira, yo voy a pasar primero.

Y como si Juan fuera la fuente emisora de la luz, a medida que avanzaba hacia el agua, él, la cama, el césped y los álamos fueron quedando en la penumbra. Pasó ligero el charco, sin nadar, y se detuvo chorreando agua por el cuerpo liso, mirándolo complacido.

— ¿Viste que no es nada? Apúrate que nos van a retar.

El paisaje que se extendía al otro lado era tanto más nítido y esplendente cuanto sombrío era el que lo envolvía a él. Como en el cine, pensó.

Entonces se irguió en la cama, se sentó casi, y con gran esfuerzo se quitó la camiseta y el pantalón de basketball. Sus pies desnudos se encogieron gozosos al tocar el césped húmedo. Y lenta, penosamente, caminó hacia esa enorme claridad, hacia Juan que, tranquilo, lo esperaba sonriendo.

De nuevo pensó en la laguna, se fijó en la laguna ancha y profunda y vio que Juan advertía su miedo.

— Tonto —le dijo tocándose un ojo—, es pura ilusión óptica. Si es angostita.

Sus pies húmedos no extrañaron el contacto del agua. Pero él se vio a sí mismo, el pecho claro, la espalda oscura, dividido en dos. Y sintió el cansancio, a lo mejor el ahogo que volvía. Pero no era cosa de retroceder, ya no había tiempo. Continuó caminando, hundiéndose en el barro del

fondo. La laguna volvía a ser el charco, angosto y accesible. Y Juan iluminado como una estatua asombrosa, al centro de toda aquella claridad sin límites. Lo único que de pronto —no de pronto, suavemente, a medida que avanzaba— cambió, fueron sus pupilas que se dilataron permitiendo que el horizonte pasara del fulgor a la opacidad, a una luz quemada y disminuida, y que Juan se convirtiera en una especie de lento objeto desenfocado, y los detalles, las encinas y las viñas, las bodegas, fueran desapareciendo. Hasta que en ese lugar adonde iba no quedó más luz que la que venía de su espalda, que ocultó por fin a Juan cuando tocó jadeando la otra orilla, donde la noche sin alba comenzaba, donde nunca la dilatada circunferencia de la noche debería encontrar una vez más la luminosidad del día.

*Lacoste, 1968.*

---

## EL ATRASO

*para Miguel Barnet*

MADAME DE Lansoy, célebre florista de Montparnasse que aún recuerdan obsequiosamente las publicaciones del rubro, miró ese día el paisaje desigual —los altos faroles, las calzadas entrecruzadas, los pesados edificios distantes— que rodea el aeropuerto de Orly. En silencio, las manos sobre la falda, contemplaba los últimos kilómetros de viaje, los suaves virajes de la autorruta que su esposo tomaba con parsimonia casi indiferente. El crepúsculo dominical y el frío adivinado en el pasto quebradizo de escarcha, entristecía de golpe las hermosas horas de ese week-end junto al fuego, momentos frente al ventanal y al parque amortiguados por lejanos ladridos y por la música que Roger mantenía vigilante en el estereofónico.

Por una vez a lo menos, pensó que el frío les facilitaría la entrada a París. Las pistas despejadas, la velocidad cons-

tante de los escasos automóviles, le hizo imaginar tiernamente el tibio departamento de Passy; se vio envuelta por las cosas sin estridencias que acompañaban la apacibilidad de su vida. Pensar en mañana, día lunes, ya no le producía el sentimiento de desdicha que antes poblaba la tristeza de los domingos. Ahora el mundo tenía una forma —días celosamente divididos, estrictos programas de goce y reposo, amistades, en fin— no soñada en sus primeros años de matrimonio. Ya gozaban de estabilidad (la actitud deliciosamente relajada que la mantenía inmóvil sobre el asiento, ¿no era a lo mejor un símbolo de aquello?). Sin embargo, siempre la embargaba la tristeza al volver del campo. Una provisoria inquietud que ella alimentaba melancólicamente para reproducir de alguna manera los sentimientos de antaño, quizás la ansiedad del amor, algún recuerdo irremplazable.

Claro que junto a ese tranquilo sentimiento de derrota, se levantaba una inquebrantable gratitud por todas las cosas que se fueron combinando, entretejiendo, para que los planes se cumplieran, para que los deseos no se frustraran, alejando de ellos, en lo posible, lo accidental e improvisado. Sus profesiones, sus hijos, las propiedades, estaban ahí, se podían contar, verificar, ellos dos mantenían el control de un pequeño universo, ellos dos lo habían creado, a ellos dos pertenecía.

Sonrió. Bruscamente Roger le tomó una mano, la llevó a descansar sobre una de sus rodillas. ¿No tenía razón?, ¿no podía probarse a cada momento esa simultaneidad de deseos, de pensamientos? Ambas manos entrelazadas eran la clave de su triunfo.

Una súbita alegría —de nuevo sospechar la tibieza próxima del departamento, la simple perfección de sus vidas— la hizo erguirse un poco y mirar el cielo por encima del amplio parabrisa: estaba duro y helado en las nubes inmóviles. De la repisa de cuero tomó la cajetilla de Gitanes,

encendió uno y lo puso entre los labios de Roger; luego encendió un Kool para ella. En ese instante comenzaron a prenderse gradualmente los faroles de la autorruta y de la zona cercana al aeropuerto. Siempre que pasaba por ahí le venía imaginar —desear acaso— la tranquila vida de banlieue —imaginación y deseo de pronto excitados al leer los letreros que indicaban caminos laterales: Choissy le Roi, Versailles, Saint Germain en Laye. Se dejó caer sobre el respaldo con un suspiro. Su mano, empero, permaneció un momento sobre el tablero, accionó uno de los botones de la radio.

Esa música, la calefacción, el aroma mezclado de los cigarrillos, la envolvieron creando una atmósfera en la que se reconocía tanto. Su mano había vuelto sobre la falda: tamborileaba, involuntaria, enajenada por el ritmo de Martial Solal. Ya contenta del todo, decidió que mañana enviaría los gladiolos gigantes —la remesa de Niza era muy hermosa— que le había prometido al padre Martin. Decidió también llegar a la boutique después del mediodía para que todo estuviera ya en orden: la vitrina brillante de colores, los aireadores funcionando silenciosamente para así evitar la atmósfera recargada que hubiera hecho de ese paraíso de cristal y color, no la artificial primavera que ella deseaba y producía, sino un lugar con súbitas reminiscencias fúnebres, a cementerio y capilla ardiente.

— ¿Ve usted? —dijo señalando la radio—, tendremos que desviarnos.

Roger la miró como si despertara de un profundo sueño.

— ¿Qué?

— ¿No escuchó? Hay un accidente en el Periférico antes de la Puerta de Orleans. Un camión bencinero contra un auto. ¡Qué horror! Desvían el tráfico por Italie.

— ¡Ah! —replicó Roger—, entonces tomaremos algo en el Barrio Latino.

— Ni pensarlo, ¿con este frío?, ¡Roger, usted exagera! Estoy cansada.

Cortó la radio. Se sintió repugnada por los detalles. El camión y el auto ardiendo sobre la calzada, la bencina que no dejaba posibilidad de escape, que abrasaba todo en un infierno inesperado.

Miró a Roger.

— No es mala idea lo del trago en Saint Germain, ¿sabe?

— ¡Ah!

— Sí, estoy cansada pero... ¿se acordó de dejarle el dinero a Maurice?

— Le dejé cien francos.

El ojo del reloj sobre el tablero marcaba las cinco y diez pasadas. Debía estar descompuesto: por la radio habían anunciado recién las cinco y veintidós. Entrecerró los párpados, permitió que la multitud de cuadrantes luminosos se borrara, alejándose, creando un universo sin detalles, rayado de trazos amarillos, naranjas, de luz reflejada por el acero y el plástico.

— Ahora recuerdo que debo llamar a la fábrica —dijo Roger lentamente— y no tengo los datos conmigo. Lástima. Me hubiera gustado sentarme en la Contrescarpe como antes, ¿recuerda?

— Sí, pero no importa. Así tendré tiempo de bañarme antes de comer.

Se inclinó sobre el cenicero y apagó el cigarrillo. Los autos corrían todavía a igual velocidad. Pasaban onduladas zonas de carretera, se sumergían en túneles iluminados por amarillas luces de sodio.

— Parece que no habrá aglomeración. Los noticiarios exageran las cosas.

— Con razón —dijo ella—. ¡Hay que ver los accidentes que hay!

Roger trataba de sacarse el vestón. Ella se inclinó y lo ayudó a desprenderse de las mangas. En seguida se dio vuelta y extendió la prenda en el asiento de atrás.

— Gracias, querida.

Se puso a observar la hermosura que aún poseía ese hombre, la elegancia sport de su vestuario, el corte del pelo entrecano, ligeramente largo. Le acarició la nuca. Bostezó. Sintió las lágrimas acudir a sus ojos.

— Italie es a la derecha —dijo indicando hacia donde se ñalaban las flechas.

— Sí —respondió Roger—, pero me voy a arriesgar. Voy a seguir el Periférico. ¿Ve usted? No hay nadie desviando el tráfico.

— Roger, me horroriza ver los accidentes.

— Querida, no se preocupe, ya debe estar todo terminado —dijo besándole tiernamente una mano.

Pensó: “qué feo es París en esta parte”.

En seguida volvió a mirar el tablero. Las cinco y diecisiete. Miró su reloj pulsera. Las cinco y diecisiete.

— ¡Al fin! —dijo Roger— la Puerta de Orleans. Ni un minuto perdido. ¿Ve que no ha pasado nada?

Madame de Lansoy observó la cabeza de su marido desvió la vista, volvió a mirar el reloj del tablero; su mano de pronto crispó desesperada una empuñadura de cuero de pronto conoció, al ver el camión bencinero aparecer velozmente, la razón del atraso de los relojes.

*Saint Cloud, marzo 1968.*

---

## DESPUES DE ALMUERZO

*Para Albalucía Angel Marulanda, pa que tenga*

POR EL momento, el asunto carece de importancia. Le pedí a Fernando que me despertara a las cuatro y media para llegar a tiempo al hospital. Y ya son las nueve, se terminó la

mesa redonda y este aturdido todavía no viene a despertarme.

Desde que vivimos juntos, las cosas andan mal. El se atrasa en el pago del arriendo, le debe plata a la empleada, se levanta tarde y como trabaja en el departamento, cuando llego en la noche, el living está hecho un asco, la cocina desordenada, el frigidaire vacío. No sé si voy a aguantarlo por mucho tiempo. Me fui a vivir con él porque me convenía. Compartíamos los gastos y viejito, no te preocupes, yo cumplo, le creí. Yo no lo conocía mucho. Pero hubo factores que me obligaron —me sentí llevado, por así decir— a vivir con él. En primer lugar es primo de Cecilia, ella me lo presentó. Mientras no nos casemos, pensé, no sería mala idea vivir con este tipo. Compartiremos los gastos y podré ahorrar para instalar la consulta. A ella le pareció una buena idea. Y el departamento es cómodo, tenemos empleada que hace el aseo, nos cocina, nos lava la ropa. Cosas que, solo, no podría pagarme. O sí, creo que podría. Pero no me quedaría un peso para lo de la consulta. No nos podríamos casar nunca, Cecilia y yo.

Cuando nos casemos, me digo, Fernando se irá al diablo, por lo menos tendré una casa limpia. Con el trabajo del hospital no me puedo ocupar de nada. Llego tarde en la noche, rendido, y en la mañana hay que estar a las ocho en el trabajo. El único momento libre es después de almuerzo en que duermo la siesta. Mientras no tenga la consulta, a lo menos podré darme ese lujo. Necesario, es cierto. Ya que, después, a las cinco, comienza el policlínico, a las siete la última visita a la sala. A las ocho, todos, carpeta en mano, esperamos que el Viejo se siente en la mesa redonda y nos dé la palabra uno a uno, examinando los casos difíciles, el bla bla bla de siempre. Y hay que ponerle el hombro. Al Viejo le gustan sus esclavitos y todos dicen que es un santo. Yo no tengo de qué quejarme. En la última revisión del

artículo sobre la hiperbilirrubinemia se portó como un rey. Y de ese artículo depende que pase a Ayudante Segundo. Por eso me quedo trabajando en el hospital después de la reunión, en la secretaría; además porque Fernando ocupa todo el departamento con el libro que está escribiendo y no hay forma de trabajar tranquilo. Mi pieza es muy chica. Y en el hospital hay tanto silencio.

El mismo silencio que siento ahora y parece venir en oleadas desde las salas, por el pasillo blanco. Aunque ahora sé que estoy soñando, que Fernando no ha venido aún a despertarme. A pesar del tiempo que ha pasado, me repito que en los sueños no es extraño vivir un día en el lapso de unos segundos. Me ocurre a menudo. Soñando, me cuento historias, largas como novelas, para darme cuenta de pronto que sólo he dado una pestañeada, de una cuadra, mientras voy en el trolley.

Por eso me pregunto... No; no tengo que asustarme. Estoy demasiado excitado y el hospital, los enfermos, esta hora después de la reunión, este silencio, están comenzando a penarme. Se debe seguramente al almuerzo que nos tenía la Rosalía. Es tan buena cocinera que ni me como el sandwich en el hospital, a las diez. Para tener hambre a mediodía. Y a la Rosalía no hay que pedirle. Lo deja a uno hasta la tusa. También con el pisco sour que Fernando prepara de aperitivo... En realidad, Fernando es bien simpático. Tomándonos el trago, conversamos, me cuenta de su libro, hablamos de mis enfermos. A la hora de almuerzo siempre estamos de buen humor. Pero cuando terminamos de comer me voy quedando callado, me comienzan a pesar los párpados, me viene una somnolencia imposible de vencer. Sentado frente a Fernando, de repente me voy, a cabeceadas, en medio de algo que él está diciendo, que lo convence de la inutilidad de seguir hablándome y lo hace preguntar ¿a qué hora te despierto? El sabe que a las cuatro y media

68

pero siempre lo pregunta. Por fregar. Me arrastro entonces a la pieza, arrepentido de haber comido tanto, el hígado se queja, la cabeza me da vueltas. De ahí los sueños, las pesadillas.

Hoy no me alcancé a comer el postre. Cerré la puerta y corrí las cortinas. Me saqué la chaqueta, los zapatos, me solté el nudo de la corbata. Me tendí en la cama, por fin, con la impresión de pesar el doble. Una intolerable sensación de exceso me hizo sobresaltarme dos veces antes de dormirme y comenzar a soñar. Al principio las visiones se embrollaban, las épocas y los personajes no correspondían entre sí. Era bien un sueño: no cabía duda. Los personajes de siempre, Rancagua, calles como vistas a través de vidrios cóncavos, torres achatadas, preguntas de mi madre que al rato resultaba ser Cecilia. Lo mismo. Típico. Embrollado, todo embrollado. Sin esa consecutividad enfermante de cuando estamos despiertos. Sin embargo, la pesadilla, el desorden de los rostros y los lugares —que seguramente correspondía con los primeros momentos de la digestión, cuando las materias aún son poco toleradas por el estómago— dio paso a un sueño más tranquilo. Lentamente se fueron retirando los rostros inquietantes, los movimientos comenzaron a ajustarse a la naturaleza. Y entonces fue que comencé a soñar que estaba en mi cama, durmiendo la siesta, después de almuerzo, tal como me había acostado. El sueño era nítido. Yo ahí, durmiendo en la penumbra fresca del cuarto, la respiración acompasada, saludable, casi voluptuosa. Dormía, pero al mismo tiempo detallaba cada objeto, la puerta del closet, el sillón de cuero, los dos cuadros que me trajo Cecilia, cada uno con un pájaro de colores vivos, que con el sueño adquirirían una fosforescencia deslumbrante. Sí, lo que más me impresionaba era la luz: casi negra, quemada, que realzaba los objetos como si saliera de adentro. Este fue uno de los datos que me mostró que seguía soñando. También esa posibilidad de desdoblarme

y mirarme dormir sobre la cama, el rostro sereno, la camisa torcida, los párpados cerrados. Hasta diría que soñando imaginaba a Fernando en su pieza, hasta escuchaba el ruido de la máquina de escribir. Pero esto no lo sé. O no me acuerdo.

He alejado las fichas y las diapositivas clínicas para borrar en un block los pormenores del sueño —me dan ganas de putear a Fernando, de gritarle que me venga a despertar porque es imposible, enloquecedor, que uno sueñe paso a paso las cosas que hace todos los días— y describir esta nueva luz, semejante a la de mi pieza después de almuerzo, sólo distinta porque es artificial y se adivina en el reflejo de las ampollitas de guardia de las salas.

Sí, aceptémoslo, no es extraño el hecho de soñar que uno duerme sobre la cama en que está durmiendo. Se puede incluso encontrar divertida la coincidencia y entretenerse mirando los objetos que durante la vigilia parecen tan opacos y deslucidos; maravillarse de los cambios de la luz, de las sombras que rodean como terciopelo los detalles más insignificantes. Uno se puede abandonar sin defensas al placer de soñar algo que no es pesadilla. Eso se puede, sí.

Pero soñar y presentir que se acerca la hora de despertar, que la aguja pequeña del reloj pulsera está ya entre las cuatro y las cinco y la grande va llegando al número seis y de un momento a otro la puerta se abrirá y me despertaré; soñar que esa puerta se abre, que en el umbral aparece Fernando y dice ¡sccht! son las cuatro y media, como si temiera despertar a alguien; que después de esto vuelve a cerrar la puerta sigilosamente, y me doy cuenta que los ojos azules de Fernando tenían un brillo afiebrado y fijaban el espacio sin detenerse en mí ni en ningún objeto, en circunstancias que sé, sé, que Fernando tiene los ojos café como cualquier chileno; soñar además que me despierto, me enderezo en la cama y, contrariamente a todos los

70

días, no siento esa pesadez en la cabeza ni en el estómago, sino que la pieza, la sala, los objetos, están repletos de un aura, no sé, de algo parecido a lo que rodea los recuerdos de las vacaciones cuando uno estaba chico; soñar esto, digo, y todo lo que ha seguido, es suficiente para mandar a cualquiera al manicomio.

Y fue exactamente lo que me pasó. Después de levantarme, traté (como engañándome) de hacer lo de siempre: entrar al baño y sumergir la cabeza en el agua fría, abotonarme la camisa, ajustarme la corbata, decirle chao a Fernando y salir. Pero los movimientos eran parecidos a los de una película muda y en cámara lenta, como si los rigiera una ausencia de pesantez. Recuerdo que frente al espejo, al peinarme, el pelo no se ordenaba como de costumbre: al pasarme la peineta, permanecía en el aire un instante y luego caía con un movimiento parecido al de una enorme ola que se desploma contra las rocas. En ese momento pensé que para ser un sueño ya había ido demasiado lejos.

Al salir, encontré que no hacía calor, que el sol era el centro de un foco de mil círculos negros que filtraban la luz. ¡Siempre este asunto de la luz! Por ejemplo, las cosas y la gente tenían invisible el lado luminoso; eran sombras recortadas, mitades que se formaban y desformaban de acuerdo a los movimientos; mi propia mano, al sol, era totalmente transparente. De manera que el tacto constituía el único punto de referencia de mi cuerpo. Porque los otros sentidos que hubieran podido darme la certidumbre de los objetos —el oído, la vista, el olfato— estaban distorsionados o adormecidos: ningún ruido, ningún olor en la ciudad dominada por aquella luz dudosa, maltrecha, que mutilaba los objetos mostrándolos como sombras grotescas, silenciosas, pero que aún así, seguían siendo los mismos objetos que veo siempre camino al hospital. En el paradero, más que ver, adiviné el trolley 4, el que va por Recoleta. Y una desesperación, una claustro-

fobia, me sobrecogió al forcejear con la multitud de sombras de los pasajeros. Penosamente pude acomodarme junto a una barra, cerca de la puerta de salida y traté de cerrar los ojos, consciente sin embargo de que seguía soñando en mi cama, de que Fernando debería librarme de un momento a otro de lo que ya me estaba pareciendo francamente diabólico, rogando por que viniera pronto. El reloj de la Escuela de Leyes marcaba cinco para las cinco: es decir, que para colmo iba a llegar atrasado al policlínico. Mientras el trolley bordeaba el río y el parque, cerré, decía, los ojos, me dejé adormecer por el movimiento mullido de los resortes, zarandear por la gente que bajaba en los paraderos. Felizmente, al llegar a Mapocho, el trolley quedó casi vacío y pude sentarme. A través de los vidrios, la ciudad se veía doblemente distorsionada: un gran conjunto de sombras alucinantes. Sin un ruido: una vida subterránea, indecisa, ensordecida. Eso es: como si los sonidos fueran tan agudos que hubieran logrado su mayor intensidad y el oído fuera incapaz de percibirlos. Todo era así: dado en el máximo, o más allá del máximo, donde a fuerza de ser excesivos, los fenómenos no existen.

De repente me sosegué. Casi me refí; por estar soñando algo tan raro, porque en el sueño se repetían exactamente los hechos de siempre. Me sorprendí tratando de buscar en el rostro de la gente una complicidad para mi buen humor. Y no. Ellos continuaban siendo espectros, medio sombras, medio fantasmas. Lo que en verdad no disminuyó mi entusiasmo. Estaba soñando y llevaría la cuestión hasta el final: jugaría al sueño.

Como siempre, me bajé en Recoleta y Santos Dumont. Al llegar al policlínico, la sala de espera estaba repleta, las fichas de los enfermos sobre el escritorio y la señorita Ester esperándome, lista. Me preguntó ¿se siente mal, doctor?, con la misma mirada que tenía Fernando al decirme son las cuatro y media. Le contesté que me

sentía perfectamente. Y sin que lo notara la estuve observando para ver si lograba sorprender en ella algo anormal. No, la señorita Ester iba y venía preparando una rectoscopia. Le dije que hiciera entrar al primer paciente. Un caso conocido. Hepatitis necrótica intratable que ni vale la pena hospitalizar. Mientras lo examinaba, le pregunté a la señorita Ester si quedaba cortisona en el dispensario. Y ahí fue que se vendió: me miró con los ojos extraviados, acuosos, que revelaban un asombro tremendo, como si oyera por primera vez la palabra cortisona. Y esto sí que me dio risa. Iba a hacer una experiencia: así como el sueño jugaba a las coincidencias y a los errores conmigo, así podía yo también aprovecharme de él para llevar a cabo todas las fantasías que están prohibidas durante la vigilia. Porque ahí, la vida humana no podía tener el valor habitual: en el sueño, la muerte era, por así decir, de mentira. Entonces bien podía prescribir aspirinas para la cirrosis o láudano para el colon espástico. Uno de los detalles que más me asombró fue que los diagnósticos que hacía y el cuadro de prescripciones, se situaban en otra época científica. Se hubiera dicho que aparte de la reflexión pasajera sobre la cortisona, no existían para mí los medicamentos modernos. Me sentía como un extraño alquimista manejando todavía las sustancias vegetales y minerales al estado puro. En el consultorio blanco y luminoso, frente a los pacientes de miradas ansiosas o gestos graves, yo practicaba alegremente una medicina olvidada. Recordé de golpe los productos más disparatados: hacía que la señorita Ester anotara en su libro de ordenanzas los miligramos de opio necesarios para calmar los cólicos o el estragón que evitaría el vómito y el sudor frío. Aunque lo más curioso sucedió en el momento que entró la señora con la niñita de la mano. La señorita Ester me recordó que había que practicarle una rectoscopia a la niña, que parecía sufrir de amebas. Confieso que al escuchar estas palabras,

“amebas”, “rectoscopía”, me quedé helado de sorpresa, me imagino como si a Paracelso le hubieran hablado de pneumotórax. Pero no dije nada. Hice salir a la mamá mientras la señorita Ester preparaba a la niña en la sala de exámenes. Consulté la ficha de la paciente. Sin embargo, no pude leer. Las letras y las cifras estaban ahí, borrosas, ondulando bajo mis ojos; a veces —esto dependía de cómo la luz golpeaba el papel— la hoja tomaba el aspecto de un negativo, las letras en blanco sobre fondo negro. Dentro de lo divertido de la situación, esto no dejó de producirme un estado que es común en los sueños: la desesperación al estado puro, la angustia de sentirse impotente, la falta de terreno firme, la caída. Es así que, presa de una falsa desenvoltura, abandoné el papel sobre el escritorio y me dirigí hacia la sala donde la niñita ya estaba preparada, la señorita Ester tratando de calmarle el miedo, contándole cuentos, acariciándole el pelo rubio. Me lavé las manos y me puse los guantes desinfectados. Tomé el rectóscopo y lo empujé suavemente dentro del vientre de la niña. Acerqué los ojos a la mira.

Mal podría describir lo que vi porque me sucedió lo mismo que con la ficha escrita. No podía ver. Movía el aparato en todas direcciones oyendo cómo la niñita lloraba y la señorita Ester trataba de calmarla. Entonces todo se precipitó. Empujé el rectóscopo hacia adelante, lleno de una terrible desesperación por no poder ver, sin lograr detener ese movimiento insensato, fascinado, perdido, como si trepanando aquel vientre delicado cumpliera un acto expiatorio. Hasta que sentí que una tibieza empapaba mis guantes. La señorita Ester me tocó el codo y me detuve.

Al volverme la miré como reprochándole que me impidiera trabajar. Pero entonces ella me mostró mis manos llenas de sangre, movió la cabeza de derecha a izquierda.

— ¿Y...? —le pregunté.

Ella se limitó a indicarme que la niña había dejado de llorar.

Antes de salir, ordené que avisaran a Anatomía Patológica. Me dirigí temblando y sudoroso, completamente asqueado, al comedor de los médicos. Me encontré con Jiménez y, casi desfalleciente, le dije que me reemplazara en la visita de la sala. Pedí un cognac, tratando de dominar mi emoción. Pero viendo que no podía ocultar el temblor de las manos, tomé el ascensor y subí al quinto piso. En la salita que hay al lado del laboratorio, me tendí un rato en el diván. Y lo que siguió no puedo atestiguarlo. Parece que me quedé dormido y no dejó de sorprenderme el hecho de dormir dentro del sueño, es decir, de dormir durmiendo. En fin, creo que es inútil darle vueltas al asunto. Ahora lo importante es que Fernando venga y se termine este asunto de una vez.

Pero me falta contar lo de la mesa redonda. Al despertarme, ya no había luz. Un silencio opresor invadía el hospital. Sobre todo en el quinto piso en el que hay puros laboratorios. Tenía un gran dolor de cabeza. Pesadamente bajé por las escaleras, vine a la secretaría a buscar la carpeta y volví al segundo piso. Era evidente que ya estaba atrasado. Me sentí observado al entrar; pero ni un músculo se movió en la cara del Viejo. Y comenzó de nuevo el juego de las equivocaciones. Jiménez dirigía ahora los debates. Hacía callar a los demás con gestos bruscos y autoritarios. El Viejo, relegado al último plano de los concurrentes, escuchaba las explicaciones, reprimendas y amenazas que Jiménez lanzaba desde el sillón central. Yo no podía aguantar la risa. Sobre todo porque los demás parecían tomársela en serio y me miraban confundidos. El Viejo... ¡como si yo no existiera!; no se dignaba mirar cómo me torcía de risa oyendo que Jiménez hablaba del "rol importante que tendrá el ruibarbo en nuestras futuras investigaciones". Era tan inaguantable que tuve que salir al baño y lavarme la cara,

retomar el aliento. Mientras lo hacía me pareció perfectamente razonable la idea de no volver a la mesa redonda. Me dije que había cosas mucho más importantes que hacer, por ejemplo venir a trabajar a la secretaría. Y eso hice. Bajé al primer piso y me senté aquí, frente al escritorio, en medio de esta penumbra luminosa. Estoy solo y no puedo trabajar. Sería divertido si me fuera a la casa y me acostara en la cama de donde vine, en la que estoy soñando por lo menos hasta que venga Fernando. Claro que si lo hiciera así se enredaría demasiado la madeja. Pienso.

*Bonnieux, La Canorgue, abril 1969.*

## SECUENCIAS

*a Maruja y Pablo Armando Fernández*

Es lenta la vida de la casa.

CARLOS FUENTES. *Las Buenas Conciencias*

NUESTRA PARCELA se encontraba en Quillota, cerca del río Aconcagua. La casa, desde el camino, oculta en parte por los paltos y chirimoyos. Una puerta de roble, de dos hojas, un muro alto por el que se descolgaban las hiedras y el jazmín de España. Al abrir la puerta, un camino se perdía en medio de un túnel de plantas que primitivamente fue un parrón de arcos de fierro, construido por mi abuelo materno a comienzos de siglo. La fuerza de la vegetación fue lentamente adueñándose de las pilastras, de los arcos; las parras se confundieron con la zarzamora, con las ramas de los paltos. Con los floripondios. El parrón ya no se veía. Su redonda forma clásica se había convertido en un boquete que periódicamente mandaba despejar mi padre para que entrara el coche. Era necesario apartar violentamente las ramas para descubrir, abrazados por las zarzas y los sarmientos, las primitivas pilastras y los arcos. Toda la vida de la casa —cuando no hubo más cultivos, cuando los árboles dejaron de podarse, cuando envejeció mi padre en fin, y las chirimoyas y las paltas se vendían porque la primavera hacía de todas maneras reverdecer los árboles— se limitó en los últimos años que viví allí a dominar la vegetación que estuvo a punto de invadirnos. Mi padre se puso firme: ordenó carretadas de maicillo, hizo rozar la zarza, apisonó una franja de terreno que por muchos años constituyó la zona franca donde se dividían los dominios de las plantas que crecían a su antojo y la parte nuestra, la casa, el huerto, el pequeño jardín de rosas, la terraza. En ese espacio enmaicillado se arreglaba una mesa donde se almorzaba y tomaba té en el verano, donde nosotros, las Arlegui, los Urrutia, jugábamos, donde mi padre dormitaba su siesta,

la cara tapada con El Mercurio. Entre el maicillo y la casa había un pequeño prado de un metro de ancho bordeado de ladrillos parados: ahí crecían las anémonas, los pensamientos, las hortensias, cultivados por Ramoncito, que limpiaba, aporcaba y regaba ese recto ejemplo de jardín dominado. Antes de subir al porch de baldosas rojas, una tabla con latas empotradas advertía que había que raspase el barro de los zapatos, y más arriba, en el primer escalón, un limpia-pies de fibra de coco permitía que el encerado del porch y del vestíbulo se viera inalterablemente limpio.

La casa era de dos pisos. El porch estaba en la esquina derecha, tenía un balcón de balaustradas negras. La puerta, también negra, dos empuñaduras de bronce bruñido. En el primer piso, había, a la izquierda, un vestíbulo con mesa de jacarandá; la escalera partía al frente, haciendo recodo. El vestíbulo se abría a un hall que distribuía las entradas del salón, del comedor y el repostero, la salida a las dependencias interiores. En el vestíbulo, una ventana pequeña daba al norte: filtraba apenas la luz que lograba traspasar el follaje de los árboles. Junto a la misma ventana, una enorme mata de floripondios impedía casi totalmente la vista al exterior.

Cuando construyeron la casa debió haber tenido el aspecto de no terminada ya que el reboque exterior se dejó sin pintar. Esto suscitó en mi abuelo la idea de plantar a cada costado una mata de viña virgen, la enamorada del muro, como decía mi madre. Cuando yo nací, en una de las habitaciones de arriba, la misma que me sirvió de dormitorio durante muchos años, la viña virgen cubría totalmente los cuatro muros de la casa. Ratonera, soporte natural de la arquitectura, esta enredadera quiso siempre traspasar los límites que se le habían asignado, siempre quiso invadir las ventanas, siempre fue necesario recortarla, arrancar sus vellocitos que se adherían tenazmente al cemento y a la madera. La casa, en el invierno, como una gran planta,

80

se deshojaba, volvía a su color natural, cruzada de lado a lado por las oscuras venas de las ramas de la viña. En el otoño, la franja de maicillo se manchaba de hojas rojizas. Recuerdo que en ese tiempo había en el salón un cenicero en forma de hoja de viña, forjado por mi hermano Juan Pablo: me pareció siempre el símbolo de aquella casa vegetal.

La fachada tenía, arriba, cinco ventanas simples con persianas verdes. La esquina sobre el porch era una galería que servía en el invierno de salita de estar y biblioteca. Abajo, desde la izquierda, las ventanas dobles del comedor y el bow-window del salón. Y el porch. La techumbre era cuadrada, de cuatro aguas, que correspondían exactamente con los altos muros de la casa. Su teja marsellesa había resistido intacta los asaltos del viento que se desata furioso en el invierno por el valle del Aconcagua. Dos lucarnas permitían iluminar débilmente el entretecho. Cuando en las noches de invierno, los días vienes, yo llegaba del colegio, entumido de frío, y alguien —seguramente mi padre— escarbaba los baúles y muebles inservibles que llenaban el entretecho, las dos lucarnas me parecían los ojos de la casa. En medio de la lluvia y del viento, ellas me permitían adivinar toda la tibieza de las habitaciones, soñada y resoñada en el internado.

Los muebles del salón, del comedor, del hall de distribución, estaban destinados al uso. Funcionales y mullidos, los sillones y sofás; cómodos, útiles y espaciosos, las mesas, la discoteca, los libreros. El salón estaba iluminado en el día por el tríptico del bow-window, durante la noche, por una lámpara de cristal de doce luces que pendía radiante del centro del cielo raso. Una alfombra cubría el parquet de rosetones, unos visillos de tul filtraban la luz de las ventanas.

El salón, en el verano, era el corazón de la casa. De

ahí surgían a media tarde las melodías tristes de los boleros de moda, la música retórica que define a la parte occidental de la América del Sur. Recuerdo a mis primas, a mi hermana Rosario, lánguidamente tendidas en los sillones, con pololos que no hablaban, las manos tomadas, los cuerpos alejados. Sobre todo, el picante rosado que se les ponía en las mejillas, abrasadas de amor y desesperación, la penumbra que ocultaba el brillo de los ojos y preservaba una frescura inmóvil, un oasis de paz. Mi madre decía que nosotros no éramos jóvenes, que nos llevábamos sentados, sin salir a caballo, que no éramos alegres como ella, en sus tiempos. Seguramente nosotros fuimos una generación más triste, a lo mejor fuimos y somos la última generación triste de este país. Porque, en realidad, en ese tiempo todo era triste, lo que nos rodeaba, la guerra en Europa, el chispazo de los obreros en huelga, la música triste que estaba de moda. La tristeza de todo un mundo influyó quizás en que nosotros también fuéramos tristes, que lloráramos sin motivo aparente, que a veces nos odiáramos por ocurrírse nos llorar a todos al mismo tiempo.

Pero los domingos surgía del salón otra clase de música. Los almuerzos eran largos y lentos. Se comía a las dos, a las dos y media, se conversaba hasta las cuatro; se servían las once en la misma mesa, sin que los grandes abandonaran sus puestos, sin dejar de contar chistes, de gritar, de lanzarse pullas los tíos a las tías, los hermanos a las hermanas. Después del postre aparecían los puros y el cognac, se discutía sobre política. Entonces mi padre, su sonrisa rubia, casi quejumbrosa, se disculpaba e iba a terminar su cigarro echado en el sofá del salón, a cabecear una siesta. No sin antes encender la discorola y poner un disco de Chopin, o el Lago de los Cisnes o Paderewski. Era el momento de la puntilla de pies, de las discusiones de nosotros en el corredor de atrás, de las peleas a muerte. En el verano, la casa hervía por las afueras. Adentro, el

pesado aroma de los puros y esa música melancólica hacían más tenue e impalpable la penumbra fresca de los rincones.

El segundo piso tenía cinco habitaciones. El de mis padres, el de mi hermana, el mío, dos enormes cuartos más reservados a los visitantes, dos baños, un hall central con sillones de peluche. En mi pieza había tres camas, un mueble de biblioteca, dos retratos desconocidos. No podría decir que alguna vez consideré mía esa habitación. En el verano yo ocupaba cualquier cama de ése o de los otros cuartos; en el invierno, las semanas en el colegio me permitían ocuparla sólo los sábados y domingos. Únicamente el microscopio, un velero de sobremesa, mis libros, mostraban que era mi pieza. Pero yo nací en una de esas camas, la de la derecha, que hace juego con la del lado. La otra, puesta con posterioridad a mi primera infancia, era un simple somier con patas que tenía un cubrecama idéntico al de las otras dos.

Siempre deseé decir que mi casa era de cantera, de piedra, como un castillo. Pero no. Sus muros eran de tabique, flexibles y sólidos. Por dentro, las habitaciones eran empapeladas. En ciertas partes se observaban globos en el papel, donde el revoque se había desmoronado y el engrudo seco, encarrujado, formaba suaves ondulaciones como tumores. Después me han contado que en los primeros años de mi vida, ese papel y ese enlucido constituyeron mi delicia gastronómica, que debieron amarrarme durante mucho tiempo para que durmiera la siesta. El tiempo anterior a la memoria me ha sido relatado un poco aquí y allá, por mi tía Consuelo o por viejas sirvientas como la Minda, que lo único que hace cuando me ve es llorar y recordar. Yo fui el único de mi generación que nació en esa casa. Mi hermano Alberto había partido después de almuerzo en busca del médico y la matrona. Era el más hermoso día de diciembre, el más soleado, el más tibio, según mi madre. Ella miraba la ventana por donde

se agitaban las ramas de los chirimoyos y repetía los consabidos votos silenciosos del bien nacer. Lentamente se puso el sol y el auto volvió. Trato de imaginarme la pieza con las empleadas, los dolores, el parto sin novedad. Trato de ver las manos de la matrona que después conocí, las manos con fallas de pigmentación, que me recogen, me limpian y me sacan las telas de los ojos. Las manos que me golpean, me entregan a otras manos solícitas que me lavan y me visten por la primera vez.

Entonces entra mi padre. Me toma tratando de fijar sus ojos en los míos que están cerrados. En una romana que aún resiste el tiempo y el polvo en el entretecho de la casa de mi madre, me pesa y constata que he nacido bien, sin defectos, sin excesos. La tía Consuelo todavía se ríe cuando dice que mi abuela me dio el primer alimento, un agua de perejil, de esa planta que sirve para el aborto.

Cuando nací, mi padre tenía sesenta años. Me cuentan que, contrariamente a los demás niños, no lloré. Sólo unos gruñidos, unos hipos, testimoniaron que ya estaba respirando. Trato de imaginarme esa primera mirada suya, cara a cara, y mi silencio, mi prematura e irrenunciable intención de que nunca conversáramos. Esa mirada azul la siento aún como un aletazo de tristeza. Y tantos pensamientos que se han acumulado en mí desde entonces no logran darme la fuerza necesaria para perdonarlo.

Con esto no quiero decir que no fuera afectuoso. Pero la obsequiosidad, ese rasgo que más odio en mí, me viene directamente de él. He descubierto que cualquiera relación que yo establezca debe darse dentro de la no agresión. La obsequiosidad me sirve para desarmar a la gente. Y con mi padre nunca supe si después de una caricia vendría una bofetada, nunca me sentí seguro, al resguardo, en sus brazos. Podía estarme besando, felicitando: bastaba que alguien preguntara quién quebró esto para que sintiera el golpe que enceguecía, que me hizo

muchas veces perder el conocimiento. Los interrogatorios eran ineficaces. A gritos, los ojos desorbitados, la baba se esparcía en todas direcciones. Eran ineficaces porque siempre mentí.

Ahora sé otra cosa: tampoco debo reprochar la blandura de mi madre. Una mujer enamorada como ella, enamorada hasta que mi padre murió, no tuvo ojos sino para él, él era todo su mundo. Durante una época creí odiarla; odiaba su dureza, su equitatividad. Fría, débil, torpe, no inteligente, pero a pesar de eso uno de los seres que no he podido odiar, la clave de todas mis supersticiones. Aunque esto lo aprendí mucho después, cuando me di cuenta de que era precisamente el amor lo que ella me había rehusado. Porque temió enamorarse de mí, porque no se atrevió. Lo que en verdad ocurrió fue que nunca me autorizó para enamorarme de ella.

Pienso que pude haberme vengado aliándome con mi padre. Pero él estaba perdido también, yo había nacido perdido para él: él correspondía el amor de mi madre. Su cobardía, su seriedad, que más que todo era falta de imaginación, su violencia, los sesenta años que nos separaban, hicieron que todo amor entre nosotros resultara imposible.

---

## EL TATA

AL DAR la vuelta, dirigiéndose a la derecha, no entrando a la casa, sino bordeando el espacio enmaicillado y abriéndose paso entre las anémonas, se llegaba —no ahora, porque todo eso: los espacios sombríos, el jardín que se cerraba, ha desaparecido— al patio del Tata. Se balanceaba sobre las patas traseras de la silla de paja, tomando el sol que llegaba allí dos horas en la mañana, cejijunto y amurrado, como si en su conciencia de terco esquizofrénico no estuviera contemplado el regalo de ese sol de agosto.

Apartaba las anémonas y lo veía con la bacínica entre los pies, su olor a chingue competía con los jazmines, con los frescos helechos de las macetas, con la selva heterogénea que llenaba el patio. No sólo el penetrante olor ni la tos cascarrienta, no los largos pensamientos inútiles de ese viejo con facha de veterano del 79, sino también un refugio, una luz disuelta, un esponjado rebrote de consolaciones, un lugar donde las contracciones del vientre, esa dureza en el recto, se escapaba detrás de las matas y, en cuclillas, decía ella, te buscábamos porque sabíamos lo que estabas haciendo. Los gritos salían y decían búsquenlo detrás de la corona del poeta, en el patio del Tata. Se veía él, por entre las ramas él se continuaba balanceando sin darse cuenta que yo me escondía allí; se le podía sacar la gorra, tironearle la chalina sin que se moviera. El tampoco oía los gritos de los que me buscaban y decían cagado debe estar si no le dura ni un Jesús la ropa limpia. Y lentamente esa deliciosa presión, ese peso, se evacuaba y los caracoles subían brillosos por mis sandalias ya que no me atrevía a moverme y las ramitas que se podrían en el suelo echaban ese olor ácido y humoso, y el caracol buscaba el tobillo y su humedad era imposible sentirla, no la sentía, te juro, te digo que no podía sentirla, tía Consuelo, los ojos achicados de tanto pujar y la Rosario ¡Dosa! ¡Dosa! el niño está mao.

Por eso —también me lo dijiste aunque yo ya lo sabía— me acordaba del patio del Tata. La sífilis, decías, la sífilis se lo llevó, tuvimos que mandarlo al hospicio cuando le comenzaron los ataques. Echaba espuma por la boca, qué te vas a acordar, se lo llevaron amarrado de pies y manos. Nadie le sabía la edad porque no había inscripción en ese tiempo, el puro bautizo y quizás dónde. Te buscaban y se hubiera dicho que te escudabas detrás de él, detrás de las matas. Cuando se lo llevaron, tu papá mandó hacer una pila con el colchón, el somier y las frazadas que él tenía y

86

los quemaron en el patio de atrás: Tenía muchas cartas... Por eso te pegaban, si ya tenías como cinco años. Tu abuela decía que había sido buenmozo y que en ese tiempo se pescó la enfermedad, yo lo conocí loco pero hablaba, dejaba que entraran a la pieza; cuando tú naciste, tu papá quiso cerrar el patio para que ustedes no fueran a verlo pero como era hermano de su suegra no se atrevió y tu mamá plantó las anémonas, el jazmín y la corona de poeta, yo no sé cómo no se murió de pulmonía, no se resfriaba nunca. La Rosa sabía que te ibas a esconder ahí, ¿dónde está el niño?, ¿dónde estará?, ¿quién me lo tiene a mi niño?, sabiendo que yo la miraba por entremedio de las matas y que él, en cambio, estaba sin fijarse, sin verla y sin verme, sin escuchar las voces ni los pajaritos.

El mameluco se cerraba entre las piernas con tres botones, apretados a las ingles con elásticos que recogían el piqué haciendo globos en las caderas, subiendo en una pechera y dando vuelta con tirantes cruzados. Eran de cuadrillé, azul y blanco, rosado y blanco, amarillo y rojo y café y blanco; se lavaban fácilmente, se secaban sobre alambres largos y achiguados en el patio de la cocina, al lado de la leñera.

El patio del Tata era más bien una continuación anterior del patio de la cocina, un recoveco, una tumba que ahogaba todo desprestigio, oculta por el espacio vegetal y oloroso que la rodeaba. Me abría primero uno, dos botones, la blanca bolsa se deslizaba entre las piernas, ¿dónde estará el niño?, aquí está el niño, ¿a ver?, ¿aquí está el niño?, ¿no le da vergüenza? Parece que no, que no te daba vergüenza, si ya está grande decía la Rosa, ¿por qué no aprenderá nunca? Y en cucullas yo afirmaba la pera en una rama en V y desde allí la espiaba ir y venir haciéndose la lesa para que yo creyera que no me veía. Pero la Rosa se fue y se te acabó la nana, te dio el tifus, hijo e viejo decían en la cocina. pobrecito, se va a morir. Aprensión decía la Minda porque la Rosa se jue, ¿qué le amo a'cer pobre ángel! Y comenza-

ron las vacunas y me acuerdo que la Rosa, la última vez, entró a la casa y tenía la maleta sobre el coche y tu papá te había llevado al campo, serían las siete de la tarde. Nunca más volviste al patio del Tata o hasta mucho después, él murió el 46. La veo con su permanente finita y recién hecha y que me besó y que lloraba porque me dejó mojado, era bien linda, tú decías que era tu novia. Y era verano antes de Pascua y al poquito tiempo, ya había sandías, sí, ya había sandías, porque tu papá no quiso creer que había sido por la Rosa y le echó la culpa a una sandía que te dieron en la noche y te subió la fiebre. Nunca supiste que tu papá no quería a la Rosa, sí, sí, sí me acuerdo, me acuerdo del hoyo del subterráneo bajo el comedor, el vacío negro, decía la Rosa que desde ese día quedaste tartamudo porque él no soportaba que no quisieras comer y me balanceó gritando ¿vas a comer?, ¿vas a comer? Entonces te subió la fiebre y la señora Blanca te ponía suero mañana y tarde, venía y me pinchaba con una aguja delgadita y los juguetes me pesaban sobre las rodillas. La tarde azul en la ventana y la hora de la siesta y el viejito que venía a tenderse a mi lado y que lloraba, no lo olvides, él te adoraba, más que tu mamá, andaba desesperado, en Estados Unidos había ya unos antibióticos que él mandó pedir pero que no llegaron. Tú pesabas once kilos, nos llegaban las fotos de los campos de concentración, estaba terminando la guerra y estabas igualito a los judíos, con una cabeza grande, de este porte, el cuerpo flaquito, muchas noches nos turnamos con tu mamá para esperar el momento. La puerta comunicaba tu pieza con la de tu mamá, te daban de comer temprano, se escuchaban las noticias, tú no te acuerdas; sí, era el tiempo en que se murió Juan Antonio Ríos y peligraba el Frente Popular, el Zig-Zag venía lleno con las fotos de los funerales. El abuelo de Rodrigo quedó como vicepresidente. ¿Te acuerdas de Rodrigo? Desde entonces no vino más para las vacaciones.

LA HORA del almuerzo nos reunía a todos en aquellos días de septiembre. Ya estaban mis hermanos mayores, Juan Pablo y Rosa, mi hermana Rosario, las Arlegui, los hijos de Juan Pablo: Sergio e Isabel, Josefina, madre de éstos y el marido de Rosa, Roberto Urrutia. A ellos se agregaba otro hermano, medio hermano como Juan Pablo y Rosa, que vivía muy cerca de nosotros, el que buscó al médico y a la matrona cuando yo nací. El y su mujer que es hermana de mi madre, fueron mis padrinos de bautizo. Ella, mi tía Consuelo, desempeñó siempre el papel que yo esperaba de mi madre: me lo consentía todo, por ella me sentía comprendido, querido, no culpable. Tenían una parcela semejante a la nuestra, también construida por mi abuelo, más cerca del pueblo, a dos kilómetros de nosotros. Cuando mis padres se casaron, Alberto vino a vivir con ellos a la casa donde yo nací. La abuela se retiró entonces con mi tía Consuelo a la otra parcela. Es lo que ésta recuerda obsesivamente: su noviazgo a espaldas de mi padre, por fin la intervención de mi abuela y el matrimonio.

Por esto y otras cosas, la pugna existía en la familia. Juan Pablo y Rosa desdeñaban a la familia de mi madre. Los dos vivían aferrados a un pasado, a una familia deshecha, a la imagen de una muerta de treinta años. La primera mujer de mi padre era extranjera, descendía de nobles belgas, había fotos y pergaminos. Yo crecí en medio del culto que mi padre y mis hermanos testimoniaban a esa mujer fabulosa, media altiva, media pusilánime. Al lado de ella, mi madre era bien poca cosa. Y esto lo pensaron durante mucho tiempo mis hermanos mayores, incluso escribiéndolo en cartas. Una anécdota ilustra el comienzo de las hostilidades. Juan Pablo y Rosa planearon casar en secreto a mi padre con una tía de ellos, hermana de su madre.

Trasladaron a mi padre a Santiago y durante una fiesta, trataron de que se efectuara el compromiso. Tuvieron, sí, la mala idea de invitar a Alberto que ya había comenzado sus amores con la tía Consuelo. Alberto cuenta que mi padre había aceptado, que estaba muy de acuerdo, que ni se acordó de la palabra que había dado a mi madre. Si no es por él que agarra a mi padre por un brazo y a punta de pistola logra sacarlo a la calle, volver a Quillota, no sé bien dónde estaría yo en este instante.

Alberto y mi padre habitaban dos cuartos de un hotel en el centro del pueblo. De allí salían las visitas diarias a casa de mi abuela. Supongo que mi padre no comprendía el interés de Alberto por acompañarlo. No sabía que mientras él susurraba el amor a mi madre, Alberto y mi tía Consuelo, casi adolescentes, jugaban a un amor permitido y estimulado por mi abuela.

Por tanto, había un clima miserable de reproches creado por Juan Pablo y Rosa por lo que representaba para ellos el fracaso de sus gestiones. Alberto era sencillo hasta la torpeza, su amor por mi tía Consuelo pudo más que cualquier impedimento. Cuando se casaron, mi abuela siguió viviendo con ellos en la otra parcela. El y mi padre se convirtieron en las cabezas de esas tierras que desde hacía años estaban sin hombre. Se transformaron en campesinos. Según mi hermana Rosa, en groseros campesinos indignos de la nobleza belga.

La verdad es que esos hermosos almuerzos en familia estaban siempre teñidos de la omisión y el escarnio. La tía Consuelo había hecho nacer dentro de sí un orgullo más tenaz que el de mis hermanos. Estos, vencidos por la realidad, quisieron pactar por lo menos la no agresión. Pacto que ella no aceptó nunca; su obsesión eran los antiguos insultos, el desdén cargado de simpatía. Por el contrario, la postura de mi madre fue conciliadora, trató de ganarse a los hijos de su marido. Lo consiguió a fuerza de

90

inútiles humillaciones ya que el corazón humano no olvida ni mejora. Esas humillaciones me tocaban más a mí que a ella. A pesar de parecerme tanto a los Torrealba, yo me sentí siempre solidario de la familia Arlegui. Sobre todo después que apareció Beatriz.

En aquellos días de septiembre, Alberto y la tía Consuelo solían asistir al almuerzo. Pero se hacían esperar. Frente al porch se abría una mesita de cóctel que reunía a su alrededor a la gente de Santiago, a mi padre, de chaqueta blanca de hilo, a mi madre que empinaba trémula su copa de vermouth, a nosotros que bebíamos enormes vasos de jugo de tomate. La conversación, ahí, era ajena a problemas familiares. Nadie quería reconocer, cuando la una y media había sonado, que esperábamos a Alberto y a la tía Consuelo. Pero las miradas, los sobresaltos que producía el ruido del portón, testimoniaban que los remordimientos y la falta de inocencia, el temor de enfrentar las heladas pupilas de la tía Consuelo, estaban allí presentes. Cuando por fin aparecían, se oían exclamaciones de júbilo, las manos se extendían buscando abrazos, la mirada de Alberto iba y venía de sus hermanos a su mujer. No por esto ella sonreía o se dejaba arrastrar por el cerco de simpatía. Muy medida y cortés, aceptaba la copa de aperitivo que le ofrecía mi padre. Entre ellos dos, al mismo tiempo suegro y nuera, cuñado y y cuñada, existió siempre un secreto afecto. Porque cuando la tía Consuelo no estaba frente a mis hermanos, era otra persona, su figura pequeña adquiría la majestad del entusiasmo y la vitalidad, su cordialidad y su sonrisa nos magnetizaba a todos. Y parece que esto hizo que, cuando crecí, casi, casi me enamorara de ella. Habría sido, pienso, una buena salida.

Hacia las dos de la tarde sonaba la hora del almuerzo. La mesa del jardín que había servido para el aperitivo quedaba desierta. Yo me demoraba con el perro para terminar con los restos; para él, las migajas, para mí, el fondo de los

vasos. Desde el corredor trasero me llegaban los gritos de las empleadas llamándome a la mesa.

---

## LOS AÑOS

LOS AÑOS. Cuarenta y cinco, cuarenta y ocho, cincuenta y tres. No me alejan, no se diluyen del espacio donde reina la memoria. Por el contrario, los hechos se asemejan a carreras imposibles, a una maldita tristeza. Por esto siento los pasos que velozmente se arrastran por la sala en la noche, esas ensoñaciones mías, claras, verticales, redondas a veces. La reja del jardín, los obeliscos que se empotraron a cada lado de la entrada del parrón, han sufrido deterioros en el cemento, ya no son rectos, el viento y los golpes del coche al pasar, han ido comiendo esa carne de carbonato, achiguándola, reviniéndola. De las ocho balaustradas del porch, tres han servido para alimentar un fogón donde los nuevos propietarios, esos yugoslavos que compraron la casa, hierven la ropa. Las cinco restantes imaginan otro destino que el fuego; quieren envejecer, quieren caer al final, apelmazadas, podridas por la lluvia. El tiempo es silencioso como la luz, quieto como el espacio cuadrado de la parcela. Los hoyos: allá permanecen los hoyos, no se tapan, no se refaccionan, se alargan, se ensanchan, producen nuevos espacios: el resultado de un bombardeo que ahora siento en mí, que me ofrenda mejor a esta disponibilidad, a este tiempo no diferente de aquel. La Rosario, arrugas en la nariz, sol en contra, piel tersa, herida, bombardeada también. Revuelta. Los motivos han comenzado a llenarme, a ahogarme, se concentran, los rosetones del parquet sienten los pasos todavía. No nos equivoquemos, saltemos el cerco, atrevámonos, seamos hombres. No dejes que me muera simplemente como Eugenio, te llamas Eugenio. Aprendo a conocer esos años, a resumirlos, hoja por hoja. Mi hermano Alberto lo

advirtió: nos defondaremos todos, peor, nos olvidaremos porque no es más que una historia triste que no le interesa a nadie.

Los años. Estos, no otros, una metralla de años relucientes, cuarenta y cinco, cuarenta y ocho, cincuenta y tres; números definitivos, imperecederos en los libros de historia, no mi historia, la otra, esa historia de Chile también triste que nadie conoce. Color de fruto maduro, pulpa, cuesco, punto de todos los puntos. Una mano escribe intermitente: los obeliscos ya no son obeliscos, esos años, intactos, donde éramos reyes, el consuelo de poseer un tiempo determinado, al lado del tiempo que no es tiempo, recuerdo de los que no tienen recuerdos como el Chenano y cuya historia escribo yo porque no hay otro.

---

## EL CHENANO. EL MUSEO

— ¡HOLA! —me dijo el Chenano.

— ¡Hola! —le contesté.

Se aproximaba lentamente por el medio del túnel vegetal mirando receloso a un lado y otro.

— ¿Están tus papás?

— Fueron donde Alberto.

— ¡Qué bueno!

Con el gesto aliviado vino y se sentó en una silla de playa al lado mío.

— ¿Sabís una cosa? Llegó un circo, lo están armando, tá llenito e lions, ¿vamos a verlos?

— Yo no puedo, tengo que quedarme aquí, van a traer unas cosas para mi papá.

— No seai lesa, si no te pillan, dile a la señora Minda que las reciba.

La Minda apareció por la puerta del porch. El Chenano se levantó y se quedó mirándola, mirándome.

— ¿No te han dicho Chenano que no te aportís por aquí? La señora se enoja, sabís moleera. Y usté Genito es el que lo llama, después los retos son pa una.

Pero la Minda se rió.

— Si también el niño no tiene pa onde salir, too el día encerrao como si juera e virio. Pero vayan p'al patio de atrás más mejor. ¿Sabía Genito que llegó chicha? ¡Dulcecita!

— ¿Dónde está?

— Hay dos vasijas en la entrada de la cocina, en el corredor. Más ratito voy p'allá pa darle.

— Yo tengo ganas de ir a ver el circo. Dice el Chenano que tiene leones. Palabra que si me dejai ir llevo antes que mi papá.

— Yo no sé ná. A usté lo ejaron encargao de recibir esos encargos pa su papá. ¡Ve qui una no entiende ná, pué!

Un muro de macrocarpa separaba la extensión de la parcela de los sitios lindantes. Atrás estaba el huerto y los árboles frutales. El gallinero y la cochera ocupaban el ángulo trasero derecho. Entre la cochera y el muro de macrocarpa, había un espacio donde con el Chenano habíamos instalado el museo. Antes que nada, el museo era de Historia Natural. Las colecciones de huevos y el insectario llegaron a tener especímenes importantes, como también la Sección Embalsamados que más bien era un conjunto de frascos con alcohol en los que nadaban culebras, patos de dos cabezas, cuyes overos. Los huevos se ordenaban en cajas de camisa, sobre una capa de algodón: después de vaciados, destilaban una pequeña secreción que formaba con el algodón un bloque más duro que el cemento. Se ordenaban por tamaños. Primero los de ganso, pavo, tiuque, gallina, perdiz y codorniz; después los de zorzal, diuca, poroterá, tordo, rara, loica y tijereta; después los de gorrión, chercán, picaflor y golondrina. Las colecciones se

presentaban en bandejas adosadas al muro de la cochera, en hileras. También había objetos históricos, la foto de un alférez Arlegui que mi madre insistía que había peleado en la guerra del Pacífico, el retrato de la emperatriz Josefina, un sable de mi abuelo, los dos tomos abiertos de la Revolución Francesa de Thiers, fotos de mi padre y de mi madre jóvenes, que sin ser históricos formaban un relleno no desagradable con sus trajes de época. El museo se terminaba con los fósiles que el Chenano y yo habíamos encontrado en los cerros y en el lecho seco del río.

Junto al museo, en el mismo espacio formado por la cochera y la macrocarpa, estaba el laboratorio. Allí se realizaban experiencias de disección, con sapos y ratones; allí se trataba de averiguar si los cristales del hielo o las células de la mucosa de la boca correspondían con la descripción que aparecía en un libro sin tapas que se llamaba "Los Monstruos Invisibles". Nos ayudábamos de un microscopio que aumentaba noventa veces el tamaño de los objetos. Cuando me aburrí de la ciencia, el microscopio subió de adorno a mi pieza, el museo y el laboratorio se transformaron, primero, en taller fotográfico, después, en taller de radio, más tarde aun, en taller de pintura.

---

## BEATRIZ

BEATRIZ FUE, cuando cumplí trece años, el desesperado objeto que andaba buscando. Si quiero ser honesto, tengo que reconocer que he olvidado cómo y cuándo se produjo el primer encuentro. Habíamos nacido juntos. No es posible establecer límites a los sentimientos. La prueba está que su imagen llena mi vida en este instante, no siento más que su respiración infantil, su risa que aún esquivo mi mirada.

Sobre la mediagua del bow-window se descolgaba una inmensa mata de buganvilia. Tenía ese color que sólo tienen las buganvillas de la zona, amatista encendido. Crecía al lado del porch y tiene importancia porque fue la primera mata que plantó mi abuelo al terminar la casa. Dice mi madre que para ella fue siempre el símbolo del amor. Esto del ser el símbolo del amor no tuvo para mí significación hasta una primavera en que las vacaciones de septiembre fueron largas.

A los dos días de llegar Beatriz ese mes de septiembre, la buganvilia comenzó a abrir las primeras flores, el viento y la lluvia del invierno habían barrido las hojas del otoño pasado y el suelo de maicillo estaba impecable. El ambiente de fiesta que llenaba la casa se sentía desde la mañana. Al bajar al jardín, se veían alineados en el camino de salida el auto de Juan Pablo, el de Roberto Urrutia. Mi padre se negaba a trabajar, daba órdenes por teléfono. Todo era asombroso, sin prohibiciones ni medidas. Los de Santiago querían descansar, beber, conversar. Juan Pablo, vestido de sport, paseaba desde temprano su figura de mástil por el jardín. Los gritos de mis primas salían de los baños; las empleadas pelaban pavos, desollaban conejos en el pasillo de la cocina. Había permiso para todo. Mi madre sonreía. Las niñas solían salir en bicicleta antes del almuerzo.

Una mañana —me levantaba temprano; dormía en la galería del segundo piso— bajé porque el Chenano se lo había llevado silbando en el camino. Salí y nos sentamos en la vereda, al borde de la acequia, hablando de pájaros, nidos, de caballos y marcas de autos. Al poco rato, oí que mi madre me llamaba desde una de las ventanas. Me despedí del Chenano hasta la tarde, en el Museo. Volví a entrar al jardín. Mi hermana Rosario, las Arlegui, Mariana

y Beatriz, habían sacado las bicicletas y estaban a punto de salir de paseo. Yo venía por el camino, oculto por la sombra del túnel, cuando las vi a pleno sol. Ellas, el porch y la buganvilia y yo caminando lentamente por el túnel sombrío, demorándome en la indolencia de ese día sin fin; ellas, vestidas de verano, bajo el sol del solsticio, por primera vez. Ahí, de pronto, me pareció que me decían un secreto, en voz baja, el secreto de algo desconocido, clandestino e intransmisible, algo que podía guardar dentro de mí, sin revelarlo, que me pertenecía enteramente. Mío. Enteramente mío. Me detuve antes de penetrar en la zona de sol, no sabiendo si debía enfrentarlas con esa emoción sofocante y desconocida o devolverme. Pero no me moví. Ellas pasaron lentamente, Mariana, Beatriz, mi hermana Rosario se detuvo para darme un beso. Entonces me quedé solo. Miré de nuevo ese sol, ese porch, esa buganvilia. No pensaba en Beatriz. El sol con el porch y la buganvilia me tenían clavado en la sombra del túnel, viviendo inesperadamente una eternidad incomprensible. Mi madre volvió a aparecer por la ventana y entonces, sin siquiera pensar, corrí y salté tratando de coger aquellas flores recién reveladas.

---

## EL TEATRO DE TITERES

POR LOS fondos, acrisolados de verdes de la macrocarpa —decía años más tarde la tía Consuelo— donde ustedes se dedicaban a intercambiar juguetes, y Sergio, la Rosarito, la Chabelita, bombardeaban tu teatro de títeres y las cabezas de cartón piedra —me pedías los ingredientes, la harina, el papel de diario, yo te hacía el engrudo— caían como patos de tiro al blanco, diciendo que tú les hacías sábanas cortas y les ponías sapos en las camas y por eso

se vengaban. Venías llorando y yo no era justa porque te consolaba, te encontraba razón. No puede saberse, no hay laya de poder saberlo, en el pequeño entablado con el escenario y la cortina de mostacilla negra, no hay caso de saber quién tenía la razón. Allí sucedía el absurdo, el juego en el que quería meter a todos los personajes, Alberto, mi hermana Rosa, mi padre y su nariz de Cirano, representaba las escenas que sucedían adelante, al lado del porch, en las noches de luna, después de comida, y todos, ufanos, salían satisfechos con un cigarrillo en la mano, mientras espiaba las conversaciones, sintiendo las balaustradas hundidas en la cara y la humedad del angosto jardín que bordeaba la casa. Eso es, las altas palmeras sombreando los rostros desdibujados, los solemnes acordes de la música emergiendo del salón por las ventanas abiertas; eso es, también un rumor de grillos que nadie escuchaba pero que seguramente salía del subterráneo; y más acá y más allá, los naranjos y las gruesas hojas de los paltos; un naranjo a la luz de la luna, tal como el que describía mi abuela para contar que cuando murió su padre se le apareció una sombra, una sospecha de sombra no más, confundida por las hojas del naranjo. Pero eso fue para el terremoto de 1906 mientras dormían bajo los árboles, sobre una carreta contaba. Debe haber sido la misma luz, repetía la tía Consuelo, yo conozco todos los cuentos que contaba mi mamá, puedo decírtelos para que ese monigote de cartón piedra, medio oculto por la cortina de mostacilla, caiga aplastado por una anónima muralla, anónimamente en la noche, y que los huesos se adivinen en este momento mezclados con otros en la fosa común del cementerio de Playa Ancha. Pero yo a veces corría escaleras arriba y observaba la escena desde la galería, las copas de los árboles que sobrepasaban la luna, aunque fuera mezclándose con ella como un fruto de luz, abría

la ventana y éste era el primer acto para buscar los argumentos de mis cuentos, los personajes estaban listos, sólo faltan las palabras; hay que sentarse en la cama, una mano debe sujetar la cabeza, las rodillas deben rozar los lomos de los libros alineados en los anaqueles bajos, deben leer esa escritura braille de los cantos encuadernados. Del corredor trasero surgen los ruidos que ellos, los enemigos, todavía hacen; no se han levantado de la mesa, juegan a las equivocaciones, tratan de adivinarse los secretos, círculo cerrado, para adolescentes; ¿te das cuenta por qué no te admitimos?, decía Sergio en el baño, esa lombricita escuálida, tienes que cumplir trece años, no es que no te queramos, y la tía Consuelo argüía la crueldad, es cierto, su defensa era terrible, de brillante oratoria. Sobre todo era el desprecio de Isabel, la Camiona, sus zapatones que me hacían huir, sus trenzas agresivas, las pecas duras de su nariz y de su frente. Las empleadas retiraban el mantel pero los brazos seguían apoyados sobre la mesa de pino oregón y los gritos, las risas chinchosas se convertían en murmullos cada vez que alguien entraba al corredor, acaso porque jugar a la escondida molestaba las evocaciones de los grandes adelante, acaso porque las naciones, el pillarse y el paco ladrón, las cuatro esquinas, resultaban ya demasiado exteriores para esos niños que aprendían las lentas pasiones del amor. Desde la penumbra de la galería adivinaba fácilmente los rostros recortados por la enorme ampolleta donde las mariposas y los pololos —verdes, café, duros como joyas— rondaban obstinadamente. Y no me doy cuenta que en esos momentos, mientras los tibios dormitorios nos esperaban, donde ya estaba preparada la meningitis que tuve dos años después, donde acaso se vislumbraba ya el desconocido amor y la pubertad, el cuadro de sonidos llenando el aire, eran meras condiciones de todo lo que vino luego, el teatro de títeres, una participación, una parodia, de la vida extranjera de esos seres fabulosos y

reconcentrados que me acompañaban. Una mano, cualquiera, apagaba el farol colonial que iluminaba el porch; hacia abajo cinco, seis brasas de cigarrillos —las pequeñas— o de puros —las grandes— permitían ubicar las altas figuras que rodeaban la mesa, los cantos entonados por la voz aguda de mi madre, el canturreo sin palabras de las voces masculinas. Me explico perfectamente todo como si todavía estuviera inclinado sobre la ventana y este sentimiento de derrota que tengo fuera el mismo que me embargaba. Me gustaría elegir por una vez los pormenores de ese momento, que Sergio, la Rosario, incluso Isabel, estuvieran aquí y me acompañaran, para hablar tranquilamente, sin excesos, del fresco de esas noches de verano y del humo de bostas que poblaba el jardín para espantar los zancudos. Recién experimento esa necesidad, la urgente necesidad de contarles lo que me ocurría, a ellos, sobre las frías baldosas rojas del porch, la uña que saca una delgada película de cera, deja un caminito ondulado. ¿Es posible que esas noches se reduzcan a esto? No sé si podrán venir, ni sé si tú existes, Beatriz, si ustedes tendrán la paciencia de recordar las luces de la calle y el silencio, para salvarse así de esta muerte que nos amenaza y que ustedes no sienten, porque todo es un juego ridículo de muñecas torpes, una flor de estambres estériles y marchitos. Somos los últimos, después no habrá más personajes. Esas cabezas decapitadas por ellos a golpe de varilla —los mimbres alineados sobre el techo de la cochera servían para que con el Chenano fuéramos a pescar— eran las nuestras; lo sé y me gustaría decírselos para que preparen la muerte, el fin de esta gran familia inventada y heterogénea. Y Sergio, consejero y jefe, levantaba la cabeza, porque se aburría de jugar a los panchos, dime, Pancha, oye, Pancho, y proponía jugar a la escondida pero no muy temprano, sin que nos oyeran, y gritaba Geno Geno para que yo pudiera oírlo desde la galería. Hay que llamarlo, nos falta uno.

La importancia que consentían en darme aún me estimula, aún me interesan los detalles de esas escenas del corredor. Terminaba bajando, claudicando, el odio olvidado, dispuesto a miradas afectuosas. Parece que todavía tengo lucidez para juzgar los acontecimientos: no se los doy todo, Beatriz, ni siquiera a ti; algo me reservo: los colores, la textura de las baldosas del porch, la cerradura de la puerta de entrada. La luz agiganta los obeliscos, las columnas del corredor, el puentecito sobre la acequia de agua corriente, los macizos de hortensias azules, cuando Sergio y la Rosario simulaban amarse, murmurando. Es sólo un momento, en que los veo, parece ser durante el día, pero no es de día, es una luz crepuscular, es una romántica luz de novela, un término de rito que no deja ver ni imaginar los verdaderos hechos: Sergio subido sobre el palto que cubría mi teatro de títeres, ellos dos, Rosario, la sonrisa esfumada en la comisura de los labios, y él encima, haciendo la escena del balcón al revés. Rosario, la Rosarito, no quiso nada, no buscó nada, lo tuvo todo, mi amor que no me pidió, el afecto de los otros que no exigió ni buscó. Yo, que estuve en el mismo vientre que ella, los años señalados, los pequeños pasos sobre la escalera, las mismas pascuas y los mismos regalos. Yo te envidio, Rosario, envidio tu desdén por las cosas ansiosamente deseadas, admiro la consistencia de tus manos que nunca pudo imitar el cartón piedra, que es grumoso y alveolado, fue imposible imitar tus gestos sin desesperación, tu tranquila sonrisa, fuiste la única querida por esa gente contradictoria. La parodia que imitaban los títeres, esas conversaciones después de comida en el jardín, yo sentado en la galería antes que me llamaran a jugar, antes que condescendieran a jugar conmigo, no pudo nunca repetir tus auténticos gestos, esos que no tuviste. Buenas gentes, los Arlegui, vociferaba el papá de Beatriz desde el esce-

nario, no tienen que pedir prestados pergaminos a nadie; la historia de Valparaíso los conoce, es deudora de la acción de nuestros antepasados, ¿no lo creen? —parecía dudar bajo la mirada burlona de Juan Pablo—, con todos los gobiernos y todas las ideologías. Quizás se disculpaba en ese momento por ser ibañista. Por eso también desapareció, no soportaba a la familia de mi padre, de vez en cuando telefoneaba a mamá para saber noticias, para avisar que los niños llegarían tal día, para preguntar por ellos durante el verano. O mi padre exigiéndole a Sergio la verdad de por qué nos habíamos demorado en las fondas y mi madre diciendo, aconsejando, cálmate, Juan, no tiene importancia. En el repertorio estaba también el tío Jorge contando el chiste que terminaba el clavel se culió a la colorada y mi padre ripostando en la asamblea de regidores me opongo a esa escuela, caballero, si el pueblo sabe, se alza. Durante las representaciones —el Chenano empinado detrás de la puerta de la cochera— se vendían limonadas y jugos de chirimoya que los mismos empresarios exprimían antes de cada función. A veces se llenaba. Entonces salían a relucir los mejores textos, febrilmente anotados en esas noches de luna, en las sobremesas y discusiones, y se preguntaban cómo, de dónde lo sacó, hasta que un espectador, demasiado identificado con la acción del drama, se levantaba, botaba el entablado y mandaba a los empresarios a la cama.

No hay colores ni hechos verdaderos que nosotros, todos los que vivimos allí, bajo los mismos árboles, que esperaban a lo mejor las mismas cosas que pasaron, hayamos vivido tal como imaginamos. Los recuerdos son epopéyicos y yo sé que la realidad era trivial, confusa, sin unidad: Sergio fue ingeniero, se separó de mí; sólo tenemos en común los recuerdos de las piedras que chuteábamos al caminar, los caballos que pienso son los mismos caballos de él, los gestos del amor que yo hacía no le eran extraños.

A un lado estaban algunas tardes amables, sin peleas, aprendiendo a conocernos y a no mutilarnos, cuando me daba a leer la garra del mono y me ponía de fondo musical la danza macabra para que me hiciera en los pantalones, cuando me prestaba el misterioso doctor Cornelius o los libros de Salgari que le regalaba un tío suyo. Eso es, los personajes en sus dimensiones, porque me acuerdo que una noche, en el invierno, un grito desgarró la oscuridad, y mi padre bajó corriendo, y otro grito desgarró la oscuridad; fue el momento de que mi madre lo siguiera por la escalera y al tercero, yo, aterrado por los gritos que desgarraban la oscuridad, me asomé a la escalera y las luces del hall estaban llenas de gritos. Entonces bajé y vi a la cocinera sin nariz, cubierta de sangre hasta el ruedo de la camisa de dormir, toda roja, sin nariz, sin cara porque patrón un guarén me mordió, un guarén me mordió. Un guarén le había robado la parte más blandita de la nariz, el cartílago blandito que de una mascada le arrebató el guarén.

Se cierra esta historia. Techumbres, esquinas de jardín, olor de rosas y lilas y jazmín en el crepúsculo, son ajenos a nosotros: aun así, queremos guardarlos celosamente. Pero amo esas noches que Sergio y yo pensamos de distinta manera. Por eso lo quiero traer aquí, le quiero decir, explicar. Nada más que eso. Recién vislumbro que la historia del teatro de títeres no termina en aquellos años cincuenta y uno y cincuenta y dos. Transcurre silenciosa todavía en mí, levanta a los muertos, hace revivir gestos imposibles. Las zonas del juego —cada uno en una esquina, piernas separadas, ojos fijos en el compañero, en los símbolos, en las ventanas, en los empalmes de la luz del tejado— se dividen para llenar de sombras dispares, remedos confusos de fechas exactas, nuestros acontecimientos. No es en verdad la historia de mucha gente, apenas un puñado de títeres vacíos, decapitados, bajo los paltos.

En un clin d'oeil toutes les tristesses qui, comme tu sais, empoisonnent ma vie, surtout les dimanches...

*La Chartreuse de Parme*

LO MEJOR que puede ocurrirnos, Lucía, es estar separados. ¡Las misteriosas relaciones a dos! ¿Cómo explicarte el extraño sentimiento que tengo cuando pienso que alguna vez soñamos sueños distintos? ¿Cómo explicarme el misterio de los domingos? Entre nosotros, incluso si la víspera habíamos trasnochado, nos despertábamos asustados, temprano, el domingo por la mañana. Entonces comenzaba ese largo calvario en el cual el silencio era nuestra más elocuente forma de comunicarnos. Decir que nos sentíamos divididos, lanzados cada uno hacia un lugar diferente del espacio, habría sido poco. A pesar de los esfuerzos que hacíamos limpiando la casa y creyendo que quizás dentro de un momento iba a animarse de voces, y la felicidad de estar con los amigos borraría en nosotros esa quemante digestión del domingo, nos mostrábamos taciturnos, abandonados, poblando una ciudad evacuada o sobreviviendo a un cataclismo.

Al despertar, me juraba que permanecería con los ojos cerrados, sabiendo perfectamente que tú simulabas lo mismo. Pero ese primer esfuerzo por rechazar el día, ese simulacro que nos mantenía uno al lado del otro, sin poder engañarnos, duraba poco. Lentamente debíamos aceptar la evidencia de ese día hecho para la felicidad, debíamos aceptar esa felicidad impuesta.

Cuando toda la casa estaba limpia y no había más que hacer, sino fuera mirarnos a la cara el uno al otro, sin siquiera poder trabajar, porque ni eso se podía, tú bajabas a

comprar el diario y te tendías en el sofá del living vestida con esos pantalones que yo no uso, con el pelo revuelto, afeada, como jurándote a ti misma que nada existía fuera de esa inexpresable desdicha. A menudo me proponía que ese domingo sería una excepción. Que iríamos a casa de mi madre o que llamaríamos a Horacio por teléfono para proponerle almorzar en su departamento. Así, haciendo esfuerzos infinitos para creer que la vida se llenaba de posibilidades, nos arrastrábamos a uno de esos sitios (la casa de Horacio, algún museo, el zoológico) que generalmente exacerbaba en nosotros la desesperación.

Los domingos se almuerza tarde en Santiago. Después de comer, disponemos de toda la tarde. Esto no es grave. Lo terrible es enfrentarse con el atardecer, con la luz del atardecer, sintiéndonos vivir el atardecer tú y yo. Dejamos que la luz abandone la pieza, tememos movernos de donde estamos. El crepúsculo llega y la infelicidad se colma. El silencio invade la luz ausente, oigo tu respiración, veo el fuego de tu cigarrillo que tiene la misma tonalidad que el filo de la cordillera de la costa por donde se ha puesto el sol. Ya no vislumbramos nuestros rostros. Sólo el silencio es posible. El silencio, Lucía.

En ese momento, alguien (a veces tú misma) propone jugar a las cartas o ir al cine, a un teatro de Recoleta donde dan tres películas por dos pesos cincuenta. La frase que propone desgarrar el silencio, no lo aleja, no quiebra la oscuridad, hace que ese monstruo, el silencio, tome dimensiones delirantes. Permanecemos, yo sentado, tú eternamente tendida en el sofá, yo queriendo hablarte, queriendo desplazar ese silencio, mordiéndome de rabia contra ti, contra ese sueño tuyo que no es más que un pretexto para quedarte sola.

Me levanto. Doy vueltas por el departamento, entro en el baño, me lavo los dientes, voy a la cocina y preparo un café. Entonces, con la taza en la mano, me siento a tu lado,

te remezco, enciendo la luz y el tocadiscos y el absurdo l'll never smile again nos enfrenta una vez más. Sí, abres los ojos y enciendes un cigarrillo, lo devoras a profundas chupadas, miras el techo mientras yo te hablo. Te explico. Torpemente trato de explicarte de dónde, por qué, cómo son posibles esas tristezas, las tristezas del único día que tenemos para ser felices. Te contaba los terribles días en que volvía al internado, soñando con el incendio de mi colegio, los domingos por la tarde. Los domingos por la tarde al llegar al internado y que soñaba que pudiera haberse incendiado. ¿Te ríes? Pero sí, créeme, yo soñaba y deseaba ver ese campamento de niños infortunados, condenados, abandonados por sus padres, soñaba y deseaba verlo reducido a las cenizas, los bomberos paseándose sobre los escombros. Y también te hablaba de las horas que precedían a esa llegada, a las tres o las cuatro, después de almuerzo, en la parcela, los domingos. La hora de las tres o las cuatro, recién después de almuerzo, cuando se tocaban los vales de Chopin y mi madre me arreglaba la maleta. Yo tenía que contarte el recuerdo del olor de esos domingos; si no fuera más que por el puro deseo de hacerte despertar, yo debía describirte el olor de los habanos que habían fumado mis hermanos y mi padre, que llenaba el hall y el comedor, los corredores, el perfume de las mujeres saturando de recuerdos imborrables aquellos primeros años de mi vida. Y también la lluvia, los domingos, la lluvia triste y delicada que humedece un vértice de mi memoria, agigantando hasta las náuseas aquella lejana tristeza. ¿Cómo renunciar a la inalterable realidad de poseer ese pasado? Dime. ¿Cómo dejar de recordar las esquivas insinuaciones de la felicidad con Beatriz, los olores lejanos, los sonidos repentinos de voces deseadas, de casi murmullos, que a lo mejor soñé, pero que aún así recuerdo?

Has caído en el silencio habitual. Lucía, mírame, dime qué te pasa los domingos, por lo menos dime que es la

misma cosa, lo mismo que siento yo, eso que nos hace honestos, bien educados, lo que nos hace chilenos con impunidad y demócratas tristes. Estos domingos en casa son fatales.

Pero no es el hecho de pasarlos en casa, los domingos. Cuando vamos a la playa y el sábado (otro día misterioso, el mejor de la semana, o quizás no, quizás es el viernes el mejor de la semana) partimos después de almuerzo y tú vas a mi lado y pestañeamos rápidamente por la intensidad del sol, y tú te ríes y pones la radio del auto y creemos una vez más que somos felices, que vivimos una eterna felicidad sin domingos, para que al otro día sepamos, lentamente, casi sin advertirlo, que va creciendo en nosotros —a medida que progresan las conversaciones, los paseos, y el domingo se impone y después del té hay que ayudar a los amigos que nos han invitado, hay que ayudarlos a dejar la casa en orden—, que se va apozando en nosotros un silencio, cargado de reproches, de cóleras sordas, silencio, reproches y cóleras que borran el placer de haber estado allí, a la orilla del mar, bebiendo tragos helados. Es el momento de enfrentar otra realidad aún peor: volvemos. Sin mirarnos, sin hablarnos, cerramos la casa a la caída de la tarde, partimos siguiendo la fila india de automóviles que vuelven a Santiago. Tú, sumida en esos pensamientos, en esos recuerdos tuyos que no conozco; yo, tratando de silbar, fumando un cigarrillo, jugando a ser feliz. La ancha avenida de los Cerrillos, apenas iluminada, la vista de los primeros buses, que ya habíamos olvidado: nuestra ciudad, ese campamento, Lucía, se nos aparece irreconocible. Entramos en ella con odio, paulatinamente debemos aceptar que es la misma, que no ha desaparecido; con hastío, con ese sentimiento doloroso que se tiene cada vez que, habiéndola olvidado, de pronto la vemos o pensamos en ella; doblemente doloroso porque ese olvido, ese odio, ese hastío, no son sino la forma del amor frenético y sofocado que se le profesa.

PERO ¿QUÉ son, Lucía, esos domingos, si la semana en nuestro mundo ya no tiene otro nombre?

*París, octubre 1967, diciembre 1968.*

# CORMORAN



El libro de bolsillo de  
EDITORIAL UNIVERSITARIA  
Chile

## COLECCION LOS CLASICOS

### *Títulos publicados*

- |                 |                                                                                        |
|-----------------|----------------------------------------------------------------------------------------|
| Sófocles,       | <i>Antígona</i><br>(Traducción de Genaro Godoy.<br>Ilustraciones de José Venturelli)   |
| Anónimo,        | <i>Poema de Mio Cid</i><br>(Prosificación moderna de<br>Cedomil Goić)                  |
| Jorge Manrique, | <i>Coplas a la muerte de su padre</i><br>(Con ilustraciones de H. Holbein)             |
| Marx y Engels,  | <i>Manifiesto Comunista</i>                                                            |
| Aristófanes,    | <i>Los caballeros</i><br>(Traducción de Genaro Godoy.<br>Ilustraciones de Mario Toral) |

### *Próximos títulos*

- |          |                                                               |
|----------|---------------------------------------------------------------|
| Hesíodo, | <i>Los trabajos y los días</i><br>(Traducción de F. Malleros) |
|----------|---------------------------------------------------------------|

*Títulos publicados*

- |                       |                                             |
|-----------------------|---------------------------------------------|
| Hannes Alfvén,        | <i>Mundos-Antimundos</i>                    |
|                       | <i>Antimateria en cosmografía</i>           |
| L. Landau e Y. Rumer, | <i>¿Qué es la teoría de la relatividad?</i> |
| Steven Rose,          | <i>La química de la vida</i>                |
| Hannes Alfvén,        | <i>Atomo, hombre y universo</i>             |
| Gerold Stahl,         | <i>Al explorar lo infinito</i>              |
| Edgar Morin,          | <i>La revolución de los sabios</i>          |

*Próximos títulos*

- |                 |                              |
|-----------------|------------------------------|
| François Jacob, | <i>Lógica de lo vivo</i>     |
| J. Schklowsky,  | <i>Universo, vida, razón</i> |

COLECCION IMAGEN DE CHILE

*Títulos publicados*

- |                      |                                                              |
|----------------------|--------------------------------------------------------------|
| Jaime Eyzaguirre,    | <i>Breve historia de las fronteras de Chile (2ª edición)</i> |
| Luis Oyarzún,        | <i>Temas de la cultura chilena</i>                           |
| José Cademártori,    | <i>La economía chilena (Un enfoque marxista)</i>             |
| J. Edwards Bello,    | <i>La Quintrala, Portales y algo más</i>                     |
| H. Ramírez Necochea, | <i>Balmaceda y la contrarrevolución de 1891</i>              |
| Jaime Eyzaguirre,    | <i>Ideario y ruta de la emancipación chilena</i>             |
| Enrique Sierra,      | <i>Tres ensayos de estabilización en Chile</i>               |
| Jorge Dowling,       | <i>Religión, chamanismo y mitología mapuches</i>             |

*Próximos títulos*

- |                  |                                                                                                   |
|------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Ariel Peralta,   | <i>El mito de Chile</i>                                                                           |
| Alvaro Jara,     | <i>Guerra y sociedad en Chile</i>                                                                 |
| Grete Mostny,    | <i>Prehistoria de Chile</i>                                                                       |
| Rolando Mellafe, | <i>La introducción de la esclavitud negra en Chile</i>                                            |
| Oscar Bermúdez,  | <i>Santiago Humberstone: medio siglo de historia del salitre y la huida de Agua Santa en 1879</i> |

*Títulos publicados*

|                                |                                                                                  |
|--------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------|
| Armand Mattelart,              | <i>¿Adónde va el control de la natalidad?</i>                                    |
| Hermann Max,                   | <i>El porqué de las devaluaciones</i>                                            |
| Carlos Neely,                  | <i>Cambios políticos para el desarrollo</i>                                      |
| André Gorz y otros,            | <i>Checoslovaquia vuelve al socialismo</i>                                       |
| Eduardo Novoa Monreal,         | <i>El trasplante de corazón. Aspectos<br/>médico-legales, éticos y jurídicos</i> |
| Armand y Michèle<br>Mattelart, | <i>Juventud chilena: rebeldía y<br/>conformismo</i>                              |

*Próximos títulos*

|                    |                                            |
|--------------------|--------------------------------------------|
| Varios autores,    | <i>El hombre agobiado</i>                  |
| Gregorio Weinberg, | <i>Dimensiones del mundo contemporáneo</i> |
| Hans Barth,        | <i>Masas y mitos</i>                       |

COLECCION MANUALES Y MONOGRAFIAS

|                        |                                                                   |
|------------------------|-------------------------------------------------------------------|
| Francisco Otta,        | <i>Breviario de los estilos</i>                                   |
| Marina Orellana,       | <i>Glosario internacional</i>                                     |
| Eliana Tartarini,      | <i>Evaluación escolar y elementos de<br/>estadística aplicada</i> |
| Francisco Otta,        | <i>Guía de la pintura moderna</i>                                 |
| Oswaldo Sotomayor,     | <i>El libro del cardíaco</i>                                      |
| Hugo y Enrique Cerda,  | <i>Teatro de títeres</i>                                          |
| Juan Uribe Echevarría, | <i>Pío Baroja: técnica, estilo, personajes</i>                    |
| Hernán Godoy,          | <i>El oficio de las letras</i>                                    |
| Alberto Pérez,         | <i>El sentimiento del absurdo en<br/>la pintura</i>               |
| Hilda Catalán,         | <i>Servicio Social</i>                                            |
| Marta Harnecker,       | <i>El capital: conceptos fundamentales</i>                        |

A decir de Blake, el camino del exceso lleva al palacio de la sabiduría. Quizás. Por lo menos a mí me ha mostrado una manera de conocer el mundo, una de tantas maneras y uno de tantos mundos. Por eso el exceso no es oráculo ni desfiladero único, ni siquiera aporía. Es, a lo más, el encuentro con los muertos que amé y cuya muerte aún no comprendo, el país o la edad, el confuso recuerdo de un cansancio infantil. También es la posibilidad de escribir un libro.

M. W.

